
TEMAS PARA AGENTES DE PASTORAL Y LAICOS EN GENERAL

TEMA 1

LA ANIMACIÓN BÍBLICA DE LA PASTORAL

Objetivo: Descubrir la importancia del encuentro con Cristo mediante la Palabra de Dios escrita y la importancia de la animación bíblica de toda nuestra pastoral.

Oración inicial

Muéstrame Señor cómo recibir tu Palabra con un corazón atento, lejos de las cosas vanas...

Muéstrame Señor cómo conservar tu Palabra en mi corazón como el tesoro que es...

Muéstrame Señor cómo rumiar tu Palabra todo el día y descubrir tus misterios...

Muéstrame Señor cómo obedecerte en todos tus mandamientos para correr tras de ti...

Muéstrame Señor cómo alabarte al descubrir en tu Palabra tus delicias y maravillas...

Bendito seas, Señor, en la riqueza de tu Palabra.

Bendito seas, Señor, en la antorcha para mi camino que es tu Palabra.

Bendito seas, Señor, en el manantial que apaga mi sed que es tu Palabra.

Bendito seas, Señor, en el alimento de la fe, esperanza y caridad que es tu Palabra.

Bendito seas, Señor, en la dulzura que trae a mi corazón tu Palabra.

Bendito seas, Señor, en la paz que me inunda al leer tu Palabra.



“La Iglesia se funda sobre la Palabra de Dios, nace y vive de ella. A lo largo de toda su historia, el Pueblo de Dios ha encontrado siempre en ella su fuerza, y la comunidad eclesial crece también hoy en la escucha, en la celebración y en el estudio de la Palabra de Dios” (VD 3).

Un poco de historia

Durante mucho tiempo, el pueblo alimentó su vida y su fe de la Palabra de Dios que le llegaba a través de las catequesis, las homilías, el arte... pero, el analfabetismo, la escasez de Biblias, la desconfianza de una mala interpretación... limitaron por mucho tiempo la presencia de la Escritura entre los católicos. Pero, desde comienzos del siglo XX hasta nuestros días ha habido un itinerario de tres etapas que nos ha llevado a valorar más la Escritura, difundirla y buscar en ella orientación para conducir nuestros pasos de manera personal y eclesial. Estas tres etapas que nos han guiado hasta la forma en que entendemos hoy el lugar de la Biblia en la vida y la misión de la Iglesia son: el movimiento bíblico, la pastoral bíblica y la animación bíblica de toda la pastoral.

1. El movimiento bíblico. En los años previos al Concilio Vaticano II, y en paralelo a lo que sucedió con el movimiento litúrgico, apareció con fuerza el llamado movimiento bíblico. Tomando conciencia de la escasa incidencia de la Sagrada Escritura en la vida y la misión de la Iglesia este movimiento bíblico se comprometió en la tarea de la difusión de los textos bíblicos.

El 30 de octubre de 1902 el papa León XIII constituye la Pontificia Comisión Bíblica, y le asigna una triple función: promover eficazmente entre los católicos el estudio bíblico; contrastar con los medios científicos las opiniones erradas en materia de Sagrada Escritura; y, estudiar e iluminar las cuestiones debatidas y los problemas emergentes en campo bíblico. En 1920 Benedicto XV publicó la encíclica *Spiritus Paraclitus* sobre la interpretación de la Sagrada Escritura. Y en 1943 se publica la encíclica *Divino Afflante Spiritu*, de Pío XII, en la que animaba a todos a leer y estudiar las Sagradas Escrituras, e insistía en la realización de traducciones a las lenguas vernáculas desde los textos originales.

2. La pastoral bíblica. La Constitución *Dei Verbum* (1965) es el punto de llegada del trabajo del movimiento bíblico preconciliar y, al mismo tiempo, la fuente que alimenta la pastoral bíblica hasta nuestros días. El concepto de revelación es el núcleo del documento conciliar: *“En esta revelación, el Dios invisible, movido por su gran amor, habla a los hombres como a amigos, y conversa con ellos para invitarlos y*

recibirlos en su compañía" (DV 2). Dice además que "La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo [...], nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. Toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura" (DV 21), "Es conveniente que los cristianos tengan amplio acceso a la Sagrada Escritura" (n.22), "El estudio de la Sagrada Escritura ha de ser como el alma de la Sagrada Teología" (n.24). "Todos los clérigos, especialmente los sacerdotes, diáconos y catequistas dedicados por oficio al ministerio de la palabra, han de leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse "predicadores vacíos de la Palabra, que no la escuchan en su interior" (n.25).

Después del Concilio se pasó del movimiento bíblico a la pastoral bíblica. Se comprendió que la difusión de la Biblia debía ser acompañada de formación. Por eso, se multiplicaron los cursos bíblicos, se profundizó en los estudios bíblicos, fueron apareciendo grupos parroquiales que tenían como objetivo el estudio de la Biblia, etc. La pastoral bíblica fue creciendo en el seno de la llamada "pastoral de conjunto", pero se entendía como una pastoral junto a otras pastorales específicas.

3. *La animación bíblica de toda la pastoral.* El reconocimiento de que la Biblia debe colocarse en el centro de toda la pastoral es algo relativamente reciente. No es comprensible algún tipo de pastoral que no beba del manantial de la Biblia. La Palabra de Dios es el fundamento, fuente y origen de toda pastoral. Es decir, la Biblia no es objeto de una pastoral específica, sino que debe animar, como dice el Concilio, toda la vida de la Iglesia. En lugar de hablar de la "pastoral bíblica" deberíamos hablar de la "animación bíblica de toda la pastoral". El Sínodo de los Obispos, que se celebró en el Vaticano del 5 al 26 de octubre de 2008, tuvo como tema "La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia", cuya exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (2010) de Benedicto XVI afirma: "El Sínodo ha invitado a un particular esfuerzo pastoral para resaltar el puesto central de la Palabra de Dios en la vida eclesial, recomendando «incrementar la "pastoral bíblica", no en yuxtaposición con otras formas de pastoral, sino como animación bíblica de toda la pastoral». No se trata, pues, de añadir algún encuentro en la parroquia o la diócesis, sino de lograr que las actividades habituales de las comunidades cristianas, las parroquias, las asociaciones y los movimientos, se interesen realmente por el encuentro personal con Cristo que se comunica en su Palabra. Así, puesto que «la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo», la animación bíblica de toda la pastoral

ordinaria y extraordinaria llevará a un mayor conocimiento de la persona de Cristo, revelador del Padre y plenitud de la revelación divina" (VD 73). Entonces, cuando hablamos de animación bíblica y de animadores bíblicos, hablamos de cristianos que se dejan animar por la Biblia y que colaboran en que la Biblia anime toda la pastoral. Es la Palabra de Dios la que nos anima y la que debe animar nuestra pastoral.



Es innegable que gracias al Concilio y al esfuerzo de muchos fieles de la Iglesia podemos ver muchos logros en los últimos años: los estudios bíblicos se han desarrollado notablemente, lo cual ha repercutido en el ámbito de las publicaciones y la docencia; la Biblia va ocupando un nuevo lugar en la Teología: ya no es tanto un depósito de pruebas para apoyar las tesis formuladas desde otras instancias, sino que va avanzando para constituirse en fuente y alma de la Teología; se han realizado nuevas traducciones de la Biblia, facilitando el acceso material de los fieles a la Escritura; la renovación litúrgica promovida por el Concilio ha supuesto la renovación del leccionario y la proclamación de las lecturas en las lenguas vernáculas. ¿Quién puede negar los beneficios que ha significado que los textos bíblicos en la Misa sean leídos en nuestra lengua y con más abundancia como lo pidió el Concilio? Ahora durante los tres ciclos litúrgicos podemos escuchar una selección de los mejores textos de toda la Biblia. En la Palabra proclamada Dios habla a su pueblo, Cristo mismo está presente. Además, la catequesis en los últimos años ha profundizado en su orientación bíblica tanto en la elaboración de los catequismos, como en la formación de los catequistas; y, otras muchas iniciativas han surgido: cursos de formación bíblica, semanas bíblicas, proyectos diocesanos, grupos de lectura de la Biblia, etc.

Sin embargo, hay mucho por hacer, y deseamos que toda comunidad creyente entre en contacto, lea, medite, ore, estudie, comparta, celebre, anuncie y viva la Palabra de Dios. La Palabra de Dios enamora, contagia, entusiasma y compromete. "Es tan grande la fuerza y el poder de la Palabra de Dios, que constituye sustento y

vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de vida espiritual” (DV 21) “De la Palabra de Dios surge la misión de la Iglesia” (VD 92).

El proyecto de Iglesia diocesana presentado por el III Sínodo pide en el número 1: *“Concretar la animación bíblica de toda nuestra pastoral”*. Sabemos que la Palabra de Dios es la semilla que produce en nuestras vidas, en nuestras comunidades y en nuestra acción pastoral un fruto abundante, por eso las Escrituras deben fecundar todos los escenarios y situaciones pastorales.



Ministros de la Palabra

“Lo que existía desde el comienzo, lo que hemos escuchado, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con nuestras manos acerca del Verbo (la Palabra) de la vida... lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos, para que estén en comunión con nosotros” (1Jn 1,1-3).

La palabra está cargada de la fuerza del alma de quien la pronuncia. El encuentro con la Palabra es el encuentro con Dios mismo, es comunicación de Dios mismo, por eso su contenido es siempre consolador, iluminador, pero también desconcertante, inquietante, sorprendente...

Junto a la fracción del pan, los primeros cristianos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles (cfr. Hch 2,42). Las comunidades nacen así de la Palabra y se construyen por la fuerza de la Palabra, que determina lo que tiene que ser y cómo tiene que funcionar la Iglesia en el mundo. La Iglesia nace de la Palabra, depende de la Palabra y está al servicio de la Palabra, en cuanto que ella tiene una responsabilidad y un deber sobre la Palabra: debe comunicarla y defenderla de toda adulteración pues la Palabra que anuncia no es un discurso sobre Dios sino que es Palabra de Dios.

La Palabra es la tarea fundamental y primera de la Iglesia y debe ser una Palabra Profética. Desde el AT

la Palabra está vinculada a los profetas, mientras que lo propio del sacerdote es la Ley y lo propio del sabio es el consejo. Jesús se presenta desde el primer momento anunciando la Palabra. Este anuncio de la Palabra es una fuente de sufrimiento, de persecución y de enfrentamiento para Jesús y luego para sus heraldos de toda la historia. Pero, la Palabra es predicada con parresia, término griego que puede traducirse como “franqueza”, es decir como la libertad de decir todo, con valentía y confianza, con autenticidad, con autoridad, con credibilidad... Sin duda esta parresia la tuvieron los apóstoles después de recibir el Espíritu Santo, para no temer nada que se opusiera al anuncio. La Iglesia primitiva no se callaba nada, decía públicamente cuanto debía decir.

En el encuentro de Freising en 1994 los obispos europeos definían el perfil de los ministros de la Palabra: *“Sólo pueden ser ministros de la Palabra hombres y mujeres que hayan sido cautivados por el mensaje de la Biblia (dimensión del testimonio personal), que hayan recibido una formación y una misión eclesial (dimensión de la comunidad eclesial) y que pueden acercarse al texto de la Biblia de forma responsable y fecunda (dimensión del conocimiento de la Biblia y su cultura)”*.

Es iluminador el mensaje de Enzo Bianchi a los presbíteros, que bien pueden aplicarse a todos los ministros de la Palabra: *“Hay una expresión en el discurso de Pablo a los obispos-presbíteros de Éfeso que constituye una orientación fundamental de vida para ustedes. Pablo, saludando a aquellos colaboradores suyos en el ministerio, les dice: «Los encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia» (Hch 20,32). En su testamento apostólico, Pablo no confía la Palabra a los ministros, sino que confía los ministros a la Palabra. [...] Antes de serles encomendada a ellos la Palabra, son ellos encomendados a la Palabra; antes de ser portadores de la Palabra, son ellos mismos entregados a la Palabra de Dios. Muy queridos míos, no lo olviden nunca: ustedes podrán llevar la Palabra a los demás sólo si son llevados por la Palabra.”* (Enzo Bianchi, *A los presbíteros*. Sígueme, 2005).

Es imposible vivir según la voluntad de Dios, en la onda de su Palabra, si antes no se ha hecho una experiencia de escucha. Esa escucha es la que posibilita entender la centralidad de la Palabra de Dios en la pastoral, en toda la vida de la Iglesia. Es una actitud a la que estamos invitados todos los que participamos en alguna parcela de la pastoral eclesial: escuchar lo que Dios quiere decirnos, y no buscar lo que nosotros quisiéramos escuchar. No necesitamos seleccionar textos bíblicos que nos gusten o se acomoden a lo que pretendemos sino dejar que la Palabra nos sorprenda, nos cuestione todos los días. La Palabra siempre tiene un mensaje para nuestra vida personal y eclesial, y lo debemos escuchar.

En el episodio de los discípulos de Emaús, Jesús recurre a las Escrituras partiendo del problema concreto de los discípulos, y descubre en la situación nuevos criterios para escuchar los textos. Con ayuda de las Escrituras Jesús ilumina la situación y abre horizontes a la esperanza. Al mismo tiempo los ayuda a darse cuenta de los errores y los llama a la conversión. Pero la Escritura por sí misma no abre nuestros ojos necesariamente, ella hace arder nuestros corazones, lo que abre nuestros ojos y nos hace percibir la presencia de Cristo resucitado es el gesto de compartir. La Eucaristía es la más grande expresión de comunión. Entonces, al leer la Biblia desaparece el temor y renace el valor, los discípulos en vez de huir regresan a Jerusalén; en vez de dispersarse, se reúnen en comunidad; en vez de caer en la incredulidad y la desesperación, ven renacer la fe y la esperanza...

La palabra nos ayuda a discernir... El espíritu de Jesús nos hace capaces de entender la Palabra que él nos dirige... Guiados por Él seremos testigos hasta los confines de la tierra... Podremos reconocer, como Pedro, la resurrección de Jesús presente en los acontecimientos (cfr. Hch 2,14-36; 3,11-26); desentrañar las Escrituras como Felipe (cfr. Hch 8,26-40); discernir, como Pablo, la presencia del Dios de Abraham en las culturas de los pueblos (cfr. Hch 17,22-31); denunciar, como Esteban y Pablo lo que está mal en las religiones y culturas (cfr. Hch 7, 1-54; 14,11-18); aceptar, como la comunidad de Antioquía, a quienes no son cristianos (cfr. Hch 11, 19-26); denunciar como Pablo ante Pedro, lo que está mal dentro de la misma Iglesia (cfr. Col. 2,14); comprender, como Pablo, que Dios continúa guiando a todos los pueblos hacia Cristo (cfr. Ef 1,9-10), de modo que todos puedan tener vida, y tenerla en plenitud (cfr. Jn 10,10) a fin de que Dios sea todo en todos (cfr. 1Cor 15,28).

¿Cómo podré abrir la Biblia y hojearla si nadie me la pone en las manos? Y si la tengo y la leo “¿cómo puedo entenderla si nadie me la explica?” (Hch 8,31), es la pregunta del eunuco etíope que ha adquirido en Jerusalén un rollo del profeta Isaías, y es la pregunta de todos los cristianos. Es necesario que, como el eunuco etíope, encontremos a Felipe por el camino..., es decir cristianos que acompañen a otros y ayuden a entender las Escrituras, o que, como al pequeño Samuel “a pesar de vivir en un tiempo en que era rara la palabra del Señor”, alguien nos anime a responder: “Habla, que tu siervo escucha” (cfr. 1Sm 3,1.10). Es necesario que muchos cristianos ayuden a preparar los corazones de los fieles para el encuentro con Jesucristo mediante la lectura orante de la Sagrada Escritura, para que la lectura bíblica se convierta en escucha atenta de la Palabra de Dios que nos habla y que renueva nuestras vidas.

Muchas pequeñas comunidades centran sobre la Biblia sus reuniones y se proponen un triple objetivo:

conocer la Biblia, construir la comunidad y servir al pueblo. Aquí la ayuda de los sacerdotes y de los exegetas es útil, para evitar interpretaciones mal fundadas, pero hay que alegrarse de ver que gente humilde y pobre toma la Biblia en sus manos y puede aportar a su interpretación y actualización una luz más penetrante, desde el punto de vista espiritual y existencial, que la que viene de una ciencia segura de sí misma, como dice el documento de *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993).

Implicaciones pastorales

Es importante ser conscientes de que la Palabra de Dios tiene ya en nuestras comunidades y en nuestra pastoral una fuerte presencia: en la celebración de los Sacramentos, en la Catequesis, en la Piedad popular, en el rezo del Rosario y demás oraciones con contenido bíblico como el Magnificat, el Padre nuestro, el Vía crucis... Sin embargo, es bueno pensar de qué manera en nuestras comunidades podemos seguir promoviendo el acercamiento a la Escritura, su difusión y conocimiento, para que sea un alimento cotidiano en la vida de todos los cristianos.

Algunos aspectos para tener en cuenta en nuestras Parroquias para hacer efectiva la animación bíblica de nuestra pastoral:

+ Contar con un grupo de proclamadores de la Palabra que tengan una adecuada preparación “*Es necesario que los lectores encargados de este servicio, aunque no hayan sido instituidos, sean realmente idóneos y estén seriamente preparados. Dicha preparación ha de ser tanto bíblica y litúrgica, como técnica*” (VD 58). Así como para ser Ministros extraordinarios de la Comunión se requiere una formación y no cualquiera puede distribuir la comunión en la Eucaristía así debería ser con la Palabra de Dios, no debería prestar ese servicio quien no ha sido capacitado.

+ Los proclamadores de la Palabra, como dice Verbum Domini 58 necesitan no sólo formación litúrgica y técnica sino también bíblica ya que hay textos bíblicos a los que sólo se les puede dar sentido con una buena lectura que requiere algo de conocimiento bíblico.

+ Los círculos bíblicos son fáciles de formar, sólo hace falta que un grupo de fieles quieran compartir entre ellos qué les dice la Palabra hoy y hagan preguntas, dialoguen y oren acompañados por algún hermano que conduzca la reunión...

+ ¿Cuánto tiempo del que duran las catequesis se utiliza la Biblia? “*La catequesis ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y las actividades bíblicas y evangélicas a través de un*

contacto asiduo con los textos mismos" (CT 27). La catequesis no es clase de dibujo, de canto, de juego...estos son sólo recursos pedagógicos que deben tener también sabor bíblico. Es tarea principal del catequista enseñar a leer la Biblia, así como promover espacios de lectura, meditación y oración en la catequesis. Para ello, debemos brindar a los catequistas formación bíblica

+ Los niños deberían llevar su Biblia a la catequesis, enseñarse a manejarla, familiarizarse con ella, buscar los textos y leerlos de la misma Biblia. San Pablo en la 2Tm 3,15 le recuerda a Timoteo *"y desde la infancia conoces las Escrituras"*. ¡Qué hermoso que pudiera decirse eso de cada cristiano!

+ El primer paso para que alguien sea un catequista que coloca la Biblia en el centro de la Catequesis es que la Biblia sea para él el libro más leído, más meditado y másorado. Las consecuencias de predicar, catequizar con la Escritura nos lo dicen los primeros discípulos: *"¿No ardía nuestro corazón mientras nos explicaba las escrituras?"* (Lc 24,32)

+ Hay que procurar que la vida familiar cristiana tenga su centro de unidad y fuerza en la Palabra de Dios. Para esto es necesario hacer de la oración familiar una ocasión para leer y reflexionar la Sagrada Escritura. Podemos promover la entronización de la Biblia en los hogares y la lectura diaria de la Biblia hecha por los niños a sus padres.

+ La celebración dominical de la misa continúa siendo el ámbito de acceso mayoritario de los fieles a la Palabra. Es necesario aprovechar esta circunstancia y cuidar todo lo relacionado con la Liturgia de la Palabra en la Eucaristía, desde la calidad de la proclamación hasta el buen funcionamiento de la megafonía.

+ ¿Los coros cantan cantos con contenido bíblico? ¿Tenemos leccionarios para todos nuestros templos y capillas? ¿Tenemos equipo de proclamadores de la palabra bien formados? ¿Hay círculos bíblicos en nuestra parroquia? ¿Las catequistas reciben formación bíblica? ¿Los ministros de la comunión leen el Evangelio a los enfermos? ¿Agentes de pastoral de nuestra parroquia se capacitan en Sagrada Escritura en el Instituto Bíblico Diocesano o en el Instituto de Estudios Teológicos Pastorales? ¿Practicamos la lectura orante de la Escritura (lectio divina)? ¿Promovemos jornadas bíblicas? ¿Se ha entronizado la Biblia en los hogares?

+ La homilía debe inspirarse en la Palabra proclamada iluminando desde ella la vida de la comunidad. La buena preparación de la homilía es indispensable. Existen muy buenos comentarios bíblicos que pueden ayudarnos a entrar en el sentido de los textos.

+ La presencia de la Escritura está prevista en la celebración de cada uno de los sacramentos, en

numerosos actos de piedad y en las bendiciones, que son oportunidad para escuchar y explicar la Palabra de Dios

+ La Liturgia de las Horas es una forma privilegiada de escucha de la Palabra de Dios, porque pone en contacto a los fieles con la Sagrada Escritura y con la Tradición viva de la Iglesia. Siempre podremos difundir más esta oración entre los fieles, especialmente la recitación de laudes y vísperas.

Dice el Profeta Amós: *"Vendrán días en que enviaré el hambre a este país; no será hambre de pan ni sed de agua, sino de escuchar la Palabra de Dios"* (Am 8, 11). ¡Ojalá que esos tiempos, esos días anunciados por el Profeta sean los nuestros!

"Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la practican" (Lc 11,28)

Oración final (del Jubileo de la Misericordia)

P. Abel Cardona de Lara

TEMA 2

BIBLIA Y LITURGIA

Objetivo: Analizar el lugar y la importancia que ocupa la Palabra de Dios en las celebraciones litúrgicas.

Oración inicial

Señor, tu Palabra otorga el significado trascendente a la celebración de nuestra fe. Es el corazón de nuestra acción de gracias sacramental. Hermoso tesoro que enriquece la oración de la Iglesia. Señor, tu Palabra nos enseña a orar, a darte las gracias, a pedirte perdón, a alabarte y a entrar en profunda comunión contigo. Buen Dios, tu Palabra nos lleva a los hermanos, y nos narra e invita a asumir tu proyecto generoso de salvación. Tu Palabra, que se encarna, es vida que nos lleva a la vida; es Luz que elimina las sombras y agua viva que refresca la resequedad de nuestro espíritu. ¡Oh savia santa, que rejuveneces la vida del cristiano! Hermoso misterio divino que aclaras el misterio humano. Encárnate asiduamente en nuestra vida toda, y sé Tú el Nutriente que revitalice y haga auténtico el culto que tu Iglesia celebra en honor del Dios Trino y Uno. Amén.



“Todo acto litúrgico esta por naturaleza empapado de la sagrada Escritura” (VD II.52.a). Escritura y Liturgia han ido siempre juntas:

+ Leer la Escritura ha sido parte esencial para la oración litúrgica de la Iglesia desde el principio. Así también se relaciona con la Escritura un elemento artístico como el canto, y “es necesario que se tenga

también en cuenta en los momento previsto por el rito, favoreciendo a que todo tenga una clara inspiración bíblica donde concuerden las palabras y la música, es decir la belleza de la Palabra Divina.

+ Es el lugar privilegiado donde muchos fieles se encuentran con la Palabra de Dios, a menudo a través del Leccionario (libro litúrgico que contienen de forma temática la Palabra de Dios según el tiempo litúrgico).

+ La Liturgia de la Palabra es parte esencial e indispensable de cualquier rito sacramental, siempre será necesario profundizar en la relación que existe entre la Palabra de Dios y el signo sacramental que se celebra. Esta relación encuentra su máxima expresión en la celebración de la Eucaristía, es en ella donde encontramos más arraigado el testimonio bíblico.

+ En la Liturgia de las Horas se usa un lenguaje eminentemente bíblico, es decir las lecturas, los salmos y demás simbolismos están al servicio de la oración cristiana.

Los textos sagrados nacen en un contexto litúrgico

Muchos textos bíblicos se originaron en un contexto litúrgico, y la liturgia sacramental (con la celebración Eucarística en el centro) producen la más perfecta actualización de los textos bíblicos. Nuestra liturgia tiene su origen en las asambleas sinagogaes del pueblo judío. Estas asambleas tenían como eje central el recitar de forma semi-entonada los salmos y los pasajes de los profetas. En este contexto se comenzaron a reunir los primeros cristianos, en sus asambleas recordaban los dichos y hecho de Jesús de Nazaret, una tradición oral que vivía gracias a las reuniones litúrgicas de los primeros cristianos, que tenían como estructura fundamental “la escucha de la Palabra y la Fracción del Pan”.

La liturgia de la Iglesia nace en la época de los apóstoles, continuada y desarrollada al tiempo de los discípulos de éstos, y transmitida por los siglos como un depósito de la Tradición, que conserva en lo fundamental lo que hacían los primeros discípulos seguidores del Señor. Así también se fue transmitiendo el Evangelio, a través de las reuniones de los discípulos. Sería absurdo creer que los escritos sagrados nacieron así como así en un escritorio, sin duda que antes formaron parte de la tradición oral que se transmitían en las asambleas de cristianos, es decir que los Evangelios y en general el Nuevo testamento, antes de ser palabra escrita fueron “palabra celebrada”, diálogo y reflexión en una reunión litúrgica. Los textos sagrados sobre todo del Nuevo Testamento nacieron en un contexto litúrgico.

Un diálogo entre Dios y su pueblo

1. Principios generales para la celebración litúrgica de la Palabra de Dios

No hay discusión acerca del relieve que el Concilio Vaticano II y el Magisterio contemporáneo de la Iglesia dan a la Palabra y a su celebración. De hecho, dicha Palabra ha sido restaurada en todas las celebraciones sacramentales y ocupa un lugar de privilegiado relieve, con una entidad propia y no sólo como simple preparación al rito central de los sacramentos.

La más reciente enseñanza de la Iglesia sobre el tema (cfr. orden de las lecturas de la Misa de 1969 y modificaciones de 1981) intenta establecer la relación entre Palabra de Dios y liturgia dentro de la celebración de la misa. A través de sencillas cuestiones expongo esta relación, que resulta necesaria y fundamental para entender la vida litúrgica de la Iglesia.



¿Cuál es el valor litúrgico de la Palabra de Dios?

Podemos correr el riesgo de considerarla como mera preparación a lo que sigue, a lo que importa. Este momento de la celebración era llamado, en los viejos tiempos, ante—misa y, en la disciplina anterior al Concilio, la misa valía si el creyente llegaba "antes del ofertorio".

La liturgia, si bien recibe una clave interpretativa de la palabra de Dios, también ella se convierte en clave interpretativa de la Palabra, enriqueciéndola con nuevos sentidos y nueva eficacia.

La Palabra celebrada en la liturgia es un acontecimiento salvador que hace más significativo el hoy de la salvación. Una asamblea reunida en el nombre del Señor, escucha la Palabra proclamada por el mismo Cristo, en un intento de que la redención se cumpla en nuestra historia, tal como se la vivió en los hechos que constituyen el drama de la historia de la salvación,

historia de la intervención de Dios en la vida de su pueblo y de todos los hombres.

En la liturgia, la Palabra de Dios participa de la sacramentalidad que los signos celebran, es decir la Palabra celebrada se hace sacramento.

La Palabra, es algo más que palabras. En la misa, la palabra de Dios es también acción de gracias y alabanza: es eucaristía de Cristo, viva y eficaz como lo es el cuerpo y la sangre de Jesús para la vida del mundo. Es acción de Cristo y de la Iglesia. Es también mesa, como lo es la mesa del pan vivo bajado del cielo.

Ya san Agustín, en el siglo IV, preguntaba a sus catecúmenos: "¿Qué es más grave, dejar caer al piso la Palabra o el cuerpo y la sangre de Cristo?". Y él mismo daba la respuesta: "Ambos tienen la misma gravedad". De este modo nos indicaba la importancia de la Palabra, su valor, y que hay que retenerla, no dejándola caer.

Historia de la salvación es la Palabra celebrada

Desde la creación, Dios ha sido siempre Palabra comunicada a los hombres, construyendo una historia llena de promesas y de misericordia, frente a las expectativas y miserias de los hombres.

Así como en la creación, la palabra de Dios ha sido eficaz para lograr efectos imposibles: de la nada salen los seres a la vida por la fuerza de la Palabra, de la historia pobre de los hombres Dios hace surgir, por su Palabra, la rica historia de quien siempre quiso dialogar con su mundo y con los hombres.

Cristo latía en la antigua Alianza y ese Cristo latente se hace patente en el Nuevo Testamento.

En la palabra viva y vivificante de Dios debemos descubrir a Jesús, Palabra encarnada, voz sonora desde siempre y para siempre.

Tanto la palabra de Dios como el hecho litúrgico "recuerdan el misterio de Cristo y lo perpetúan, cada uno a su manera" (Ordenamientos para las lecturas de la misa, no. 5).

Desde los puntos antes mencionados podemos concluir que la Palabra de Dios celebrada en la liturgia se actualiza, se exalta de forma más clara su valor salvífico para aquellos que participan de una asamblea litúrgica.

¿Qué lugar tiene la Palabra en la participación litúrgica de los fieles?

La Iglesia quiere dar a Dios la misma respuesta que Jesús dio a su Padre. La Iglesia es la voz de Cristo en nuestra historia. Somos los labios del Señor para seguir cantando las glorias maravillosas del Padre, las mirabilia Dei.

La conversación que Dios tiene con su pueblo en la proclamación solemne de la Palabra de Dios en una asamblea litúrgica, no es un monólogo en el que él habla y el hombre sólo escucha. Es un diálogo sostenido con

su pueblo: Dios habla y el hombre escucha y hace suya la Palabra y dicha Palabra es lo suficientemente vigorosa como para constituirse en interpelación que suscita una respuesta. En la liturgia Dios habla y el hombre le responde. A partir de este principio sería bueno cuestionarnos sobre el uso del misal mensual o de la misma biblia en celebración como algunos pretenden imponer. Si hablamos que es un diálogo es porque implica una escucha atenta, no se trata de "leer todos juntos y meditar", se trata más bien de escuchar y responder, la respuesta se concretiza en las oraciones, aclamaciones, homilía y cantos que configuran un "todo" en la celebración.

En la celebración litúrgica de la Palabra, Dios nos habla y nosotros le respondemos con su misma Palabra. Esa respuesta provocará, a su vez, para no quedar en un mero verbalismo, un cambio de vida mediante una puesta en práctica de la Palabra proclamada, escuchada y asumida. La palabra viva de Dios es capaz de dar vuelta nuestras existencias, si la ponemos en práctica en la vida cotidiana.

Desde el Vaticano II, la Iglesia ha querido que los fieles participen activamente en la liturgia y lo ha expresado en varios documentos.

Esa participación se expresará mediante palabras y gestos, en el lenguaje simbólico con que la liturgia se expresa: alma y cuerpo, interioridad y expresión, se unirán en una única respuesta.

Pues bien, también la palabra de Dios llegará a esos gestos y actitudes humanas y, sin que pierdan su significado propio que le viene de su propia naturaleza, también adquirirán el sentido que la palabra de Dios y la liturgia les otorgan. Un abrazo de paz en la eucaristía será un signo de afecto y reconciliación, y mucho más. Ese "mucho más" es fruto de la palabra de Dios.



Palabra y Liturgia, vida de la Iglesia

La Iglesia es un pueblo congregado por la Palabra. Cuando la palabra de Dios es proclamada en la asamblea litúrgica, los hechos en ella narrados se hacen presencia viva de Cristo, "de un modo misterioso pero

real". La Palabra es un lugar de presencia del Señor que la proclama y que se proclama en ella.

Con el anuncio de la Palabra, el pueblo de Dios significa su identidad y crece en perfección hacia la plenitud.

Con el anuncio y con un testimonio coherente con la Palabra proclamada, el cristiano se convierte en el mundo en un instrumento y portavoz de un Dios que habla (no es mudo) y que quiere sacarnos de nuestra sordera y de nuestro mutismo, reclamando nuestra respuesta.

La palabra de Dios, como la Eucaristía, es anámnesis, que no es sólo recuerdo del pasado, se trata de un memorial que trae el pasado al presente; pero es también profecía en la que anticipamos el futuro y es epiclesis donde el Espíritu de Dios activa nuestras pobres palabras humanas y las hace palabra viva de Dios.

Palabra de Dios y misterio eucarístico

La veneración a la palabra de Dios ha ido siempre paralela a la honra que merece y reclama la Eucaristía. Así como en otros tiempos se confeccionaron lujosos cálices y copones, hechos por orfebres de calidad, así también se hicieron evangelarios riquísimos en decoración, incrustaciones de piedras preciosas, iluminaciones en las letras con que comenzaban los textos en el interior de los misales, no para otra cosa sino para alabar la palabra de Dios.

En la vida de la Iglesia, todo nace de la Eucaristía y converge hacia ella, sin que se pierda la propia entidad de cada punto particular. Lo mismo sucede con la Palabra. No es mero preámbulo de la eucaristía y, sin embargo, en ella será más Palabra que nunca, pues nada hay más elocuente que el misterio salvífico del cuerpo y la sangre de Cristo.

Las dos mesas —la de la Palabra y la del Pan de Vida— son lenguaje de Dios y alimento de Dios para el hombre. Como un río normalmente desemboca en el mar sin dejar de ser río, la Palabra conduce a la celebración de la Eucaristía, logrando allí su plenitud y su máximo poder de diálogo y comunión, constituyéndose ambas en un solo acto de culto, "con el cual se ofrece a Dios el sacrificio de alabanza y se realiza plenamente la redención del hombre".

Somos salvados por la Palabra y por la comida y bebida del cuerpo y la sangre de Cristo, fuente de vida eterna.

2. La Palabra en el leccionario

El leccionario es el libro litúrgico que contiene las lecturas propias de la Palabra de Dios para cada ciclo propio del año litúrgico, dividido principalmente en la parte ferial (lecturas de entre la semana) y la parte de las

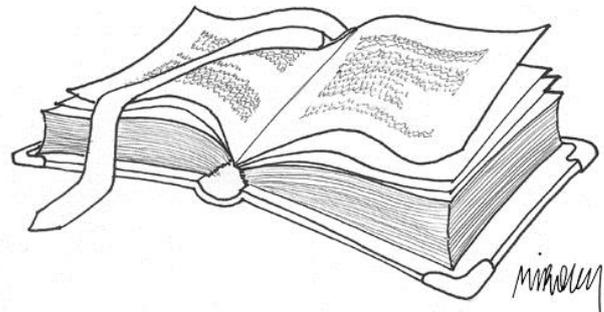
lecturas de los domingos y las fiestas. A lo largo de las páginas de este libro, es importante tener en cuenta que las lecturas del leccionario litúrgico no coincide con la lectura seguida o corriente de la Biblia, es decir no altera sus contenidos si no que la secuencia de lectura es distinta. De una parte, sabemos bien cómo se nos presenta la palabra de Dios en la Biblia. Se trata de una colección de libros que conforman dos testamentos, el antiguo y el nuevo. Entre ambos existe una profunda unidad, siendo Dios el autor de ambos. Por ello, en vez de hablar de muchos libros realmente tendríamos que decir que la Biblia constituye un solo libro. Pero ahora la pregunta es otra: ¿cómo se nos presenta la palabra de Dios en el leccionario litúrgico? o, más concretamente, ¿de qué materiales bíblicos se sirve la liturgia cuando celebra la Eucaristía? Las páginas que siguen esbozan una respuesta a estas preguntas. " Una respuesta dada en un punto de la andadura de la reforma litúrgica como el de hoy, en el que cada uno de los tres ciclos de lecturas dominicales han sido ya escuchados una docena de veces y cada uno de los dos ciclos anuales feriales una veintena de veces.

El leccionario es un libro constituido por una abundante selección de perícopas cuyo conjunto constituye un volumen —en su totalidad, varios volúmenes— que contiene los textos bíblicos que se proclaman en las diversas celebraciones eucarísticas a lo largo del ciclo temporal y del ciclo santoral. A este libro, que es mucho más que una mera antología bíblica, no habría inconveniente en llamarlo Biblia litúrgica. Lo importante es percatarse de que los textos del libro inspirado han sido transferidos al libro litúrgico no de cualquier manera, sino dispuestos y digeridos según un orden determinado. Su conocimiento sirve para percibir la rica gama de iluminaciones y potenciaciones que adquiere celebrada en la liturgia, de la cual es fuente de nueva interpretación y de nuevo acontecimiento. Y es esto lo que ahora vamos a exponer.

Antes conviene adelantar que los trabajos de preparación del leccionario bíblico de la Misa fueron uno de los pilares de la reforma litúrgica. A este respecto, vienen a la memoria lo que Pablo VI escribió en la Instrucción General del Misal Romano:

"Todo ha sido ordenado de manera que estimule cada vez más en los fieles el hambre de la palabra de Dios, y, bajo la acción del Espíritu Santo, impulse al pueblo de la nueva Alianza hacia la perfecta unidad de la Iglesia. Vivamente confiamos que la nueva ordenación del Misal permitirá a todos, sacerdotes y fieles, preparar sus corazones a la celebración de la Cena del Señor con renovado espíritu religioso y, al mismo tiempo, sostenidos por una meditación más profunda de las sagradas Escrituras, alimentarse cada día más y con mayor abundancia de la palabra del Señor. De aquí se seguirá que, según los deseos del Concilio Vaticano II,

la divina Escritura constituya para todos una fuente perenne de vida espiritual, un instrumento de incomparable valor para la enseñanza de la doctrina cristiana y, finalmente, un compendio sustancial de formación teológica".



La confección del Leccionario exigió la cooperación internacional de muchos especialistas, peritos en exégesis, liturgia, catequesis y pastoral que recibieron el encargo de llevar a cabo los deseos de los Padres conciliares sobre las lecturas de la Misa, tal y como los recogió la Sacrosanctum Concilium. Resultado de esta ardua labor de años ha sido la actual distribución bíblica para la celebración eucarística en el rito romano. Muestra del éxito con que fue acogido el nuevo leccionario es el hecho de que las comunidades anglicanas lo acogieron y comenzaron a emplearlo desde el primer momento. Hoy en día, el leccionario representa la propuesta que la Iglesia del siglo XXI ofrece a los hombres para que se nutran de la mesa de la palabra de Dios con la mayor abundancia y riqueza humanamente posibles.

Retornando a nuestro tema, se trataría ahora de identificar aquellas características que posee la palabra de Dios celebrada y de las que esta desprovista cuando la leemos o meditamos en su contexto literario original, que es la Biblia.

+ *Primera característica*: los textos bíblicos del leccionario no concuerdan exactamente con los correspondientes textos de la Escritura. El texto bíblico recibe también, en este libro litúrgico, una nueva contextualización. Los diversos textos de la primera y de la segunda lectura, del salmo y del evangelio, que en la Biblia aparecen desligados, pasan a conformar ahora, en el leccionario, un todo unitario a partir de un factor que actúa de ensamblaje entre ellos: el tiempo litúrgico. La liturgia no lee la Escritura como un libro histórico del pasado, sino que lo reinterpreta en el tiempo. Celebrar la palabra equivale a que un texto, estático en sí mismo y ya remoto —en aquel tiempo—, atraviesa el tiempo y llega a nuestro hoy celebrativo, en donde recibe una vida nueva. Un determinado texto entra a formar parte de una nueva historia, se encarna, ilumina y es iluminado.

+ *Segunda característica*: el uso articulado de varios textos inspirados. En la celebración no se emplea

un solo texto. No se propone sólo el evangelio, sino que el domingo, por ejemplo, se proclaman tres textos: la Primera lectura con la que se conecta su salmo responsorial, la segunda Lectura y el evangelio. Este triplete no constituye una mini-antología, un conjunto de textos autónomos, sino que conforma una secuencia ritual unitaria, donde los evangelios ocupan un puesto preeminente sobre el resto de los libros inspirados.

Esta realidad celebrativa comporta que esos textos ya no son susceptibles de ser interpretados por separado, sino como elementos narrativos de un único relato. Cada una de las lecturas de la celebración, es decir, cada una de las piezas que componen la liturgia de la palabra, aún conservando su identidad originaria, concurren a construir un significado global análogo al que conforman cada una de las palabras dentro de una frase.

La primera lectura, el salmo responsorial, la aclamación previa al evangelio y el evangelio son textos dispuestos de tal modo que conforman una unidad congruente y rica de significado. De este modo, textos pertenecientes a géneros literarios diversos (poético, narrativo, exhortativo), encuadrados en culturas distintas (judía, helena...) y redactados en épocas históricas diferentes dentro del canon bíblico, pueden compenetrarse e interaccionar desde la unitariedad y la globalidad que adquieren en su momento cultural.

3. Los signos utilizados para celebrar la Palabra en la Liturgia

Es propio del culto cristiano valorar y, diríamos, exaltar el don de la palabra de Dios. A ello contribuyen ciertos signos sagrados a partir de los cuales esa palabra recibe de cara a la asamblea un nuevo potencial y una nueva hermenéutica: la litúrgica. Estos elementos son, entre otros, el lector, la asamblea, el evangeliario, el ambón, el canto y el silencio. Una adecuada conjunción de todos ellos contribuye a que la palabra que el Padre entrega a la asamblea celebrante alcance en ella su plenitud de significado (Ordenamiento para las lecturas de la Misa No. 4).

El lector

En la Iglesia, proclamar la Palabra de Dios es un verdadero y propio ministerio. De ahí que el ministerio de lectorado constituya una mediación litúrgica cuya importancia se desprende de considerar que la palabra, que está viva en el corazón del Padre, atraviesa los labios del lector para llegar viva al corazón del que cree, escucha y ama. Desde un punto de vista funcional, el ministerio del lector reviste también notable importancia: la palabra de Dios llega a la asamblea con sentido, pausa y nitidez, a través de la dicción esmerada de quien conoce las características que conlleva quizá

transmitir un mensaje por medio de un micrófono. No basta saber leer las letras del alfabeto del propio idioma para estar en condiciones de ejercer el ministerio de lector. Entre otras cualidades, el lector debe contar con una preparación bíblica y litúrgica a fin de que "cumpliendo fielmente el oficio de lector, anuncie la palabra de Dios, meditándola primero en su corazón (Bendicional No. 405). Conoce las técnicas de comunicación y de declamación porque, si realiza su cometido con competencia, ayuda, y no poco, a la comprensión misma de las lecturas.



La asamblea

En el marco comunicativo, relacional y dialógico de la liturgia de la palabra, la asamblea es el extremo correlativo del lector, es decir, si hasta aquí el lector ha sido el emisor, la asamblea es ahora la receptora.

Las primeras palabras de Pablo, cuando escribe a los corintios para reprenderles a propósito de su modo de celebrar la Eucaristía, son estas: "cuando os reunís en asamblea litúrgica; (...) cuando os reunís..." (1Co 11, 18.20). Estas frases testimonian que los cristianos habían adquirido la costumbre de referirse al lugar donde se reunían con el mismo término que les calificaba a ellos mismos: en efecto, la palabra *ekklesia* indica, a la vez, la asamblea y el lugar donde esta se reúne. Algo parecido a lo que sucede entre los judíos, para quienes el término "sinagoga" significa no sólo la asamblea en oración sino también el lugar donde esta se congrega. El cristiano no ora únicamente en la soledad —un cristiano nunca reza solo—, sino que se incorpora también a la asamblea, a la Iglesia, en la que puede vivir las riquezas de la redención. También hoy el cristiano puede reivindicar el nombre que se daba a los fieles de los primeros siglos enterrados en las catacumbas: "eclesiásticos", que quiere decir hombres y mujeres de la Iglesia, de la asamblea que Dios convoca. Los bautizados que participan en la celebración eucarística, reunidos en un determinado lugar, no deben considerarse un simple aglomerado de gentes, ni un grupo que obedece a leyes meramente sociológicas. Es mucho más: "Cada comunidad, al reunir a todos sus miembros para la «fracción del pan», se siente como el lugar en el que se realiza concretamente el misterio de la Iglesia" (JUAN PABLO II, *Dies Domini* 34). La misma asamblea litúrgica es ya obra del Espíritu Santo.

Para quien capta su naturaleza de signo, la asamblea puede ser un descubrimiento del misterio de la Iglesia. Descubrimiento profundo porque le ayuda a vivir la vida de la Iglesia. La asamblea litúrgica es una de las manifestaciones primordiales de la Iglesia, uno de sus principales elementos de visibilidad; es la Iglesia en acto.

El Señor, que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos", está presente en la asamblea cuando esta suplica y canta salmos. Estremecerse ante la palabra de Dios y estar absolutamente pendientes de ella, son las actitudes de la asamblea que contempla agradecida el misterio de Cristo durante la liturgia de la palabra.



El evangelario

El evangelario es un noble volumen, de digna confección y exquisitamente decorado, con cubiertas y guardas preciosas. Su interior recoge, artísticamente caligrafiadas, las perícopas evangélicas que se proclaman en los domingos y solemnidades del año litúrgico. En página contigua al texto, los evangelarios suelen llevar una representación pictórica del fragmento evangélico. En la procesión de entrada, el diácono suele portarlo elevado por encima de los hombros y hasta el momento de su empleo, reposa sobre el altar. Es el único libro que se lleva solemnemente en procesión y el único que se incienso. Podríamos decir que el evangelario es la manifestación sacramental de las "Escrituras que se refieren al Señor".

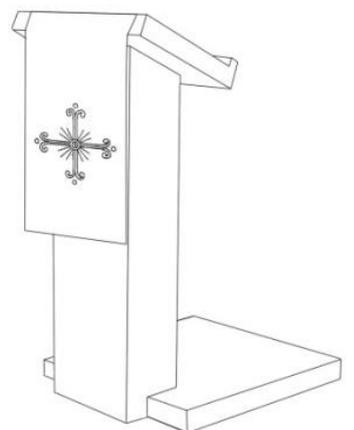
La aparición de estos nuevos evangelarios, como libros de gran tamaño distintos del leccionario, no obedece a un prurito arqueológico o a una moda estética. Es también un signo del aprecio litúrgico por la palabra de Dios que profesa una determinada iglesia local y es un signo que hunde sus raíces en la tradición litúrgica de la Iglesia.

Los prenotandos del Ordo lectionum Missae (ordenamiento para las lecturas de la Misa durante el año) insisten en la importancia que tiene el decoro del libro del ambón. De ahí que, poco a poco se haya ido haciendo común que la mayoría de las iglesias locales adquieran y empleen un artístico evangelario. Se recupera de este modo la antigua tradición que veneraba la palabra de Dios, como lo atestigua la colección de

viejos evangelarios enriquecidos con oro, marfil y espléndidas miniaturas que se pueden contemplar en no pocos museos. Hoy en día, muchas catedrales, basílicas, abadías y santuarios disponen de un evangelario hermosamente adornado. Es el mismo libro que se entrega al diácono en su ordenación y se sitúa y sostiene sobre la cabeza de quien va a recibir la ordenación episcopal.

El ambón

El ambón es signo de aquella mesa de la palabra de Dios que nos ofrece el primer y necesario alimento de nuestra vida cristiana (Bendicional No. 1010). Desde el ambón sólo se proclama la Palabra de Dios, la única palabra que nos es dada desde arriba, que no la hemos inventado nosotros y que nos viene transmitida no por iniciativa particular, sino por mediación de la Iglesia. Por eso, en cuanto tal, el ambón será único, como único es el sepulcro de la resurrección. La basílica de la del Santo Sepulcro de Jerusalén no ha tenido nunca ambón; allí la proclamación se realiza desde la entrada abierta hacia el sepulcro vacío y, ante ese espacio físico, cualquier simbolismo resulta superfluo. Es Así que el ambón en una catedral o en una parroquia debe evocarnos el lugar de donde se anunció la buena nueva que nos salva, es decir el ambón debe evocar sepulcro vacío. El ambón es la mesa desde la que nos reparte el pan de la palabra del Dios vivo. El ambón es monumento a los ojos, a los oídos.



<http://jesusconducenuestrabarca.blogspot.com.ar>

Por eso, el Diácono que sube al ambón a proclamar la perícopa evangélica es hoy, en cierto sentido, el sucesor de aquel ángel que dijo a las mujeres venidas al sepulcro con perfumes: "buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí (Mc 16,6).

Oración final (del Jubileo de la Misericordia)

P. Marco Antonio Díaz Olvera

TEMA 3

LA PALABRA DE DIOS COMO FUENTE DE VIDA ESPIRITUAL

Objetivo: Valorar la Palabra de Dios como un manantial de vida espiritual para el cristiano y para cada familia y comunidad.

Oración inicial

Padre misericordioso, que siempre acompañas de cerca a tus hijos y nunca los desamparas, te pedimos nos hagas sentir tu presencia viva entre nosotros, para que experimentando esa fuerza podamos salir al encuentro de tu Palabra que se dirige a nosotros para conducirnos y enriquecernos con una multitud de dones y, sepamos así transformar nuestro entorno con tu presencia.

La Palabra de Dios nos ofrece diferentes caminos para vivir nuestra propia espiritualidad

“... Deseo exhortar una vez más a todo el pueblo de Dios, a los Pastores, a las personas consagradas y a los laicos a esforzarse para tener cada vez más familiaridad con la Sagrada Escritura. Nunca hemos de olvidar que el fundamento de toda espiritualidad auténtica y viva es la Palabra de Dios anunciada, celebrada y meditada en la Iglesia.” “... Deseo exhortar una vez más a todo el pueblo de Dios, a los Pastores, a las personas consagradas y a los laicos a esforzarse para tener cada vez más familiaridad con la Sagrada Escritura. Nunca hemos de olvidar que el fundamento de toda espiritualidad auténtica y viva es la Palabra de Dios anunciada, celebrada y meditada en la Iglesia.” (VD 121)

Los discípulos de Jesús anhelan nutrirse con el Pan de la Palabra: quieren acceder a la interpretación adecuada de los textos bíblicos, a emplearlos como mediación de diálogo con Jesucristo, y a que sean alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos. *“Se hace necesario proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de ‘auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad’” (DA 248)*

¿Qué entendemos por Espiritualidad bíblica? Es la “concreción de la vida cristiana inspirada por palabras de la Sagrada Escritura”. ¿Cómo acceder a la Palabra de

Dios de modo que ella se convierta en la base de la propia espiritualidad? ¿Cómo se relaciona una lectura espiritual de la Biblia con la exégesis científica? Aceptando que hay distintas formas de leer la Biblia, ¿son todas ellas aceptables? ¿Cómo podemos esbozar una espiritualidad bíblica?



Existen distintos enfoques para entender la Espiritualidad Bíblica:

1. El enfoque temático

Sabemos que la Sagrada Escritura es una colección de textos nacidos más o menos en 1,300 años de historia, bajo las más diversas circunstancias. Dentro de esta diversidad es fácil encontrar temas fundamentales que, sin estar presentes en todos los textos, aparecen una y otra vez y que, no sólo por su frecuente presencia sino más bien por la importancia de su contenido, determinan un hilo conductor a lo largo de tantos años de historia y de libros tan diversos. Basta pensar en temas como la fe, la esperanza, el dolor, la relación del creyente con Dios, la Idolatría, el pecado, etc. Las Biblias temáticas son muy útiles. La ventaja de este enfoque es que se orienta a aquellos temas que son determinantes para una espiritualidad bíblica. Tratando esos tópicos sería posible mostrar el desarrollo partiendo del Antiguo Testamento hasta llegar al Nuevo, haciendo ver los distintos acentos dados por las circunstancias históricas y por los acontecimientos fundamentales en la historia de la salvación. Una desventaja en este modo de abordar el problema es que el tono del desarrollo puede volverse demasiado académico, como quien hace historia de un concepto y no tiene en cuenta que detrás de ese concepto se esconde la historia de los creyentes con todas las tensiones y altibajos de una historia humana. Otra desventaja es que muchos que quieren seguir este tipo de espiritualidad no cuentan ni con las herramientas, ni con la capacidad de abordar adecuadamente un tema bíblico.

2. Los textos bíblicos

Este enfoque trata de tomar un texto bíblico y desarrollar el tema o los temas más relevantes para poner de manifiesto su riqueza espiritual. Se trata de una tarea más complicada de lo que parece a primera vista. No todos los textos se prestan a un tratamiento

semejante. ¿Qué decir sobre el Libro de las Crónicas o la Carta de Judas?. Algunos textos podrían estudiarse uniéndose a otros por motivos razonables. Así por ejemplo, sería posible hablar de una espiritualidad paulina, si es que se tomaran las cartas del Apóstol como fundamento, y no una carta aislada. No cabe duda de que la Carta a los Romanos es uno de esos monumentos teológicos que serviría ella sola para una rica espiritualidad; pero lo que Pablo ofrece en todas sus cartas es, también, muy rico. También los Evangelios son muy interesantes a la hora de decidirse por un camino espiritual al estilo de Jesús. En forma análoga es posible desarrollar una espiritualidad joánica, si es que antes se determina que la mirada se concentra sólo en el Evangelio de Juan. Si se incluyeran también los tres textos conocidos como Las Cartas de Juan y el Apocalipsis, el discurso sería diferente y habría que matizar muchas afirmaciones que serían válidas.

3. Las personas

Probablemente sea éste el enfoque más difundido y conocido. Es cuestión de tomar una de las figuras que aparecen en la Biblia desde la perspectiva de su valor representativo para una Espiritualidad Bíblica. Innumerables meditaciones dedicadas a María sirven de ejemplo para esta manera de ver las cosas. En el ámbito del Antiguo Testamento es posible que Abraham sea la figura más popular, pero están también Moisés, David, Job, por nombrar a los más conocidos. Lo que hace atractivo este enfoque es el carácter narrativo del material a tratar. Las personas en cuestión son seres de carne y hueso, con las que el lector puede identificarse en cuanto encuentra, en esas historias tan antiguas, rasgos que las unen a una propia historia y facilitan la aplicación en el modo de la apropiación: esa historia puede ser, por lo menos en parte, mi propia historia. Como en toda historia humana hay en ellas una parcialidad y limitación que pertenece a la esencia de tales historias.

LA ESPIRITUALIDAD DEL ANIMADOR BÍBLICO Y DE QUIEN LEE LA BIBLIA

La Espiritualidad es un ESTILO DE VIDA cristiana, o bien, la forma como un cristiano vive y expresa sus relaciones con Dios. Ello más allá de ritos o prácticas piadosas, se trata de algo afincado en lo más hondo del hombre, y que abarca a la persona entera en su dimensión más profunda. Por eso una persona es espiritual cuando vive desde su yo más profundo esa fe, iluminado y apoyado por el Espíritu y la Escritura y lo integra coherentemente en proyecto de vida cristiana.

El animador, o estudioso de la Biblia, no puede separar su Espiritualidad de su quehacer en los Círculos Bíblicos. La espiritualidad del animador consiste en

vivir la totalidad de esas relaciones en y desde la fe. Una y otra se influyen mutuamente. Una buena vida de fe ha de ayudar a realizar mejor su tarea y cuando mejor se lleve a cabo esta tarea, más madura se hace la fe.

¿Quién es el animador bíblico?

Es un adulto

- Capacita el “SER” (desarrolla su personalidad interior y su vida espiritual).
- Capacita el “SABER” (desarrolla su bagaje intelectual, sus conocimientos y el mensaje).
- Capacita el “HACER” (desarrolla la metodología y su preparación).
- Cuando se habla de adulto no nos ceñimos a la edad, sino a la madurez humana, que logra una personalidad integrada por valores y actitudes que nos hagan ser “personas maduras”.
- Jesús es el modelo en ese camino de madurez pues “*iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres*” (Lc 2, 52).

Es un adulto creyente

- Está sujeto a todas las condiciones humanas. Siente hambre, come, tiene sed...
- Es fiel a sus raíces. Es un hombre del pueblo. Inserto en un mundo pobre y se mantiene así toda su vida. Se muestra sencillo y sin presunción.
- Es de carácter equilibrado. Es exigente, enérgico y al mismo tiempo cercano y cariñoso.
- Vive de forma nueva los valores que forman su personalidad.
- Es auténtico, sencillo, abierto a los demás, libre, cercano, justo, dialogante, solidario, capaz de comprender y perdonar.

Es un creyente

- Tareas a realizar:
 - Abrir el corazón a esa Palabra, para entender en ella el proyecto de salvación de Dios, realizado por Jesús.
 - Meditarla con humildad y sencillez, alimentándose de ella (Ez 3, 13).
 - Dejarse interrogar por ella reconociendo que Dios habla aquí y ahora.
 - Identificarse con ella hasta que sea el punto de apoyo de toda la vida. Saber “leer” la Palabra de Dios en el grupo, para que cada uno se sienta interpelado y transforme su vida de acuerdo a ella.
 - Descubrir y entender el mensaje cristiano, centro de nuestra fe.
 - Profundizar no solo lo que se cree, sino también por qué se cree, para encontrar “razones para creer”.

- Debe ser buen conocedor y amar la Palabra de Dios para poder “iluminar la vida desde el Evangelio”.

- El encuentro con la Palabra de Dios ha de ir motivando una “conversión”. Sin ella ésta quedará vacía e ineficaz.

- Ayudar, desde la libertad, a una opción clara por Jesús y los valores que Él vivió.

- Animar a todos a realizar una renuncia a modelos de conducta separados de la fe.

- Presentar la vida cristiana como un tiempo de lucha y esfuerzo, de tentación (posibles caídas), necesitada de una conversión constante.

- Pedir la ayuda y fuerza del Espíritu Santo, pues “la gracia todo lo puede”.

Es un creyente que ora

- En la oración abrirse a su llamado, a la misión.

- En el dialogo con Jesús vivo: llamamos a Dios Padre, y a los demás, hermanos.

- Necesidad de orar para vivir profundamente la vida cristiana.

- Escuchar a Dios que habla, nos llama, nos envía.

Se debe orar en medio de la vida de cada día.

Pedir ayuda al Espíritu que enseña a dar gracias, alabar, y a ponerse en sus manos, para seguir siempre el camino de salvación personal y comunitario. Orar desde la profundidad de nuestro corazón. Con otros miembros de la comunidad. Orar con la Palabra de Dios presentando a Dios nuestras alegrías, afanes y preocupaciones diarias.

Las características de una fe (espiritualidad) madura, según Gál 5,22-23: “*Por el contrario el fruto del Espíritu es: Amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad y fe*”.

+ *Amor (caridad)*

En “el amor” (agàpe) que brota de una persona se muestra si su espiritualidad es madura. Ahora bien, hay que distinguir entre la pretensión de amar y el amor verdadero. San Pablo nos dice en 1 Cor 13, 4-8a: “*El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia; sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca*”.

“*Queridos, amémonos unos a los otros, porque el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor*” (1 Jn 4, 7-8). San Benito describió este amor de un modo muy realista: “*consiste en asumir los servicios diarios para la comunidad, en ser dignos de confianza en nuestras relaciones y en ser libres para no juzgar y condenar a otros*”.

+ *Alegría (gozo espiritual)*

“La alegría” (charà) no nace por decreto. Tampoco tiene que ser expresión siempre de una convivencia feliz. Los primeros monjes hablaban de la serenidad del alma y veían en ella un criterio de auténtica espiritualidad. Un alma está serena cuando no se divisan en ella las nubes oscuras de la tristeza que enturbian la claridad del espíritu.

Los Padres de la Iglesia hablan de la alegría indestructible. Es la alegría como fruto del Espíritu, que no puede ser destruida por los golpes de la vida. La alegría ensancha el corazón y no emite juicios sobre los demás. Es contagiosa y difunde a su alrededor una atmósfera serena y distendida.

En Lc 1,28 encontramos la frase “*alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*”. La nota de pie de página de la Biblia de Jerusalén dice: “‘Alégrate’, mejor que ‘Salve’. Llamada al júbilo mesiánico, eco de la llamada de los profetas a la Hija de Sión, y como ésta, motivada por la venida de Dios entre su pueblo”. “Tú que has estado y sigues estando llena del favor divino”.

+ *Paz*

Quien sigue un camino espiritual tiene que hacer las paces consigo mismo, con todo lo que hay en él, incluida su propia zona de sombra. La paz con uno mismo difundirá paz hacia los demás. Quien quiera vivir en paz consigo mismo no puede pasar por alto ni hacer oídos sordos a lo que se agita en él. Tiene que observarlo y entablar una conversación con ello. “*Dichosos (felices, bienaventurados) los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios*” (Mt 5, 9). Es la recompensa de quien se dedica a realizar esta noble y hermosa tarea.

+ *Longanimidad*

En griego se dice makrothymía, que significa “gran valor”, un corazón grande. Tenemos que pasar por la estrechez del encuentro con nosotros mismos y por la estrechez de la convivencia para alcanzar amplitud.

Para san Benito, el corazón grande es el criterio central de una espiritualidad sana. Dios sólo puede habitar en un corazón espacioso. Allí donde somos cicateros y de miras estrechas, Dios no tiene cabida en nuestro corazón. A todos los fanáticos religiosos que se incorporan a la Iglesia les falta la amplitud de corazón. Se irritan cuando alguien no piensa como ellos. Ciertamente, el corazón grande no significa laxitud.

“*Hermanos míos, siéntanse realmente dichosos cuando se vean rodeados por toda clase de pruebas, pues saben que la calidad probada de su fe produce paciencia. Pero la paciencia ha de culminar en una obra perfecta, para que sean perfectos e íntegros, sin que dejen nada que desear... ¡Feliz el hombre que*

soporta la prueba!, porque una vez superada ésta, recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a los que le aman” (St 1, 2-4.12).

+ *Amabilidad*

Chrestótes significa ordinariamente “honradez y habilidad”, pero también puede significar amabilidad, dulzura, benignidad y bondad. Sólo puede ser realmente amable quien es soberano, es decir, si es una persona que tiene dominio de sí mismo y no se deja dominar por otros. Quien se conoce a sí mismo se ve con ojos amables y dulces. Su amabilidad respira la amplitud de la libertad. En el Evangelio vemos muchas veces a Jesús actuando amablemente con las personas. Su forma de ser transpiraba bondad.

+ *Bondad*

En griego agathosyne significa “pensar en el bien”; es decir, reflexiono sobre el bien y pienso bien del otro y en su bien. La bondad implica también que veo el bien en mí y en las personas que me rodean. Un criterio esencial de espiritualidad madura es la capacidad de ver el bien en las personas, incluida la que exteriormente es mala y hace el mal, siguiendo el ejemplo de Jesús. La raíz de la palabra alemana glauben (creer) es liob, que significa “bueno”. Creer significa ‘ver lo bueno’. A pesar de todo y con todo. También significa desear lo bueno para todos los seres humanos sean como sean.

+ *Lealtad (fidelidad)*

Pistis significa “lealtad”, confianza, fidelidad y fe. Lealtad tiene que ver con firmeza. Tengo una posición firme sobre la cual puedo mantenerme seguro. Sobre una persona leal se puede edificar, porque transmite firmeza, porque se mantiene firme en medio de todas las turbulencias.

Quien ha alcanzado esta lealtad en su camino de fe se convierte en una bendición para otros. No vacila ante cada ola que rompe contra ella. Permanece en su sitio aunque otros huyan. Esta virtud es el resultado de un largo camino espiritual. En Lucas encontramos una frase de Jesús que ilumina nuestra reflexión: *“El que es fiel en lo insignificante, lo es también en lo importante”* (16, 10a).

+ *Mansedumbre (modestia)*

La palabra griega praytes que emplea Pablo para “mansedumbre” significa, ante todo, un comportamiento dulce y pacífico para con el prójimo. Se traduce también como humildad. La persona mansa vive unificada. No reacciona con amargura ni enfadada con los demás. Los estoicos afirmaban que esta virtud era de los nobles y cultos.

Evagrio Póntico elogia la mansedumbre de Moisés y de Jesús. La mansedumbre tiene una irradiación positiva en

el entorno. *“Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón y encontrarán descanso en sus corazones”* (Mt 11, 29).

+ *Dominio de sí mismo (templanza)*

Enkrateia significa, literalmente, “estar en la fuerza” o dominar en uno mismo. La persona que tiene dominio de sí mismo es libre. También puede significar moderación. El autodomínio se muestra en el hecho de que no tengo que satisfacer todas las necesidades, sino que puedo decidir libremente lo que quiero y lo que no quiero, lo que disfruto y lo que no. Dominarse no es lo mismo que controlarse o controlar. Mt 16, 24: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo (domínese a sí mismo), tome su cruz y sígame”*.

Oración final (del Jubileo de la Misericordia)

P. Moisés Guardado Muñoz

TEMA 4

LA LECTIO DIVINA

Objetivo: Conocer la importancia de la lectura orante de la Biblia y sus pasos para practicarla.

Oración inicial

Quiero, Señor, hacer de tu Palabra un camino para mi vida. Quiero encontrarte en ella, Señor Dios mío. Quiero ser discípulo tuyo y ponerme a tu escucha cada día. Abre mis ojos y mis oídos, Señor a tu Palabra. Fortaléceme con la fuerza de tu Palabra; conviérteme con la luz de tu Palabra; límpiame con la pureza que Tu Palabra trae a mi interior; condúceme con la sabiduría de tu Palabra; enséñame con la verdad de tu Palabra; consuélame con la alegría de tu Palabra; vivifícame con la vida nueva de tu Palabra; sostenme con la firmeza de roca de tu Palabra. Amén.

¿Qué es la *lectio divina* (lectura sagrada)?

Decir que es una metodología de reflexión y oración de un texto bíblico es correcto hasta cierto punto; sí es eso, pero es algo más. Decir que es una antigua práctica de oración hecha predominantemente en los monasterios también es correcto, pero es algo más.

La *lectio divina* es una forma de tener un encuentro con Dios a través de la Sagrada Escritura.

Algunos apuntes históricos

¿Desde cuándo en la Iglesia se usa esta manera de acercamiento a Dios? Un origen remoto de esta experiencia de encuentro con Dios lo podemos ubicar en las antiguas prácticas sinagogaes judías, donde los maestros (rabinos) enseñaban que la lectura, la meditación y la oración era la mejor manera de comprender las Escrituras Sagradas – para ellos, la Ley, los Profetas y los Escritos - ; este método de lectura orante de la Palabra, con cierta lógica, fue heredado a las primeras comunidades cristianas, al menos así lo inferimos en dos pasajes de la literatura paulina, Rm 15, 4: “*En efecto, todo cuanto fue escrito en el pasado se escribió para nuestra formación, para que con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras, conservemos la esperanza*”, y 2Tim 3, 15-16: “*Recuerda que desde niño conoces las Sagradas Letras; ellas pueden proporcionarte la sabiduría que lleva a la*

salvación mediante la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argumentar, para corregir y educar en la justicia.

En los inmediatos siglos a la era apostólica, es decir, en el tiempo de los Padres de la Iglesia, se cree que fue Orígenes de Alejandría (algunos hasta lo han llamado “el padre de la *lectio divina*”) el primero en acuñar esta expresión para referirse a esta manera de orar con las Sagradas Escrituras; grandes Padres como San Jerónimo y San Ambrosio la practicaron, la difundieron y estimularon a los fieles a seguir su ejemplo. Con la aparición de la vida monástica en los posteriores siglos, esta práctica de oración tuvo gran apogeo en los grandes monasterios, y de hecho en la Edad Media era en los únicos lugares en donde se siguió practicando.

La Iglesia, en los últimos tiempos ha traído de vuelta este modo de orar con las Sagradas Escrituras; a través de las encíclicas *Providentissimus Deus* (1893), de León XIII, *Divino Afflante Spiritu* (1943), de Pío XII y, finalmente el Concilio Vaticano II (1963-1965), se puso fin al “exilio de la Sagrada Escritura” e inauguró una época de verdadera centralidad de la Palabra de Dios que, a pesar de muchas circunstancias adversas, perdura en nuestros días. La *Dei Verbum* revive y propone la Lectio Divina como método privilegiado para interpretar la Escritura, como lo afirmará en su no. 25: “*El Santo Sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo, pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo... Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración, para que se realice el diálogo de Dios con el hombre...*”



Metodología clásica de la lectio divina

¿Cómo es este tipo de oración con la Sagrada Escritura? ¿Cómo hacer la *lectio divina*, para que sea un verdadero encuentro con Dios? Hay que seguir cuatro clásicos pasos para el encuentro con la Palabra: la *lectio*, la *meditatio*, la *oratio*, la *contemplatio*.

1. La Lectio (Lectura).

En este primer paso, se trata simplemente de leer el texto en su nivel más básico y responder la pregunta ¿Qué dice el texto?; luego hay que releerlo, porque una segunda y tercera o ¿porqué no? hasta cuarta lectura del pasaje elegido, nos aporta cosas nuevas. Cuando estamos en situación de releer el texto, podemos abordarlo desde perspectivas diferentes para sacar más riqueza de él, tanto en su comprensión, como en los posteriores pasos de la *lectio divina*. Por ejemplo:

+ Desde la perspectiva literal: podemos hacer un sencillo análisis de las palabras, de vocabulario, de su campo semántico; si hay palabras que se repiten, los personajes, sus acciones, indicaciones de tiempo y espacio.

+ Desde la perspectiva histórica: Situaciones sociales, culturales, religiosas o hasta políticas que están en el fondo del texto; es decir, hasta donde nos sea posible ubicar el texto en el contexto en que se escribió.

+ Desde la perspectiva teológica: Qué es lo que Dios o Jesucristo, o Pablo, etc., le dice al pueblo o a las comunidades en aquella situación concreta que trata el pasaje con el que estamos orando.

2. La Meditatio (Mediación).

La pregunta a responder en este paso es, ¿qué me dice el texto a mí? Se trata pues de lo que técnicamente se llamaría “la hermenéutica del texto”; es decir, la actualización del mensaje a mi situación concreta. En este paso se comienza a entrar en diálogo con Dios, que me está hablando a mí, aquí y ahora con la Palabra propuesta para la oración.

Nos podemos apoyar con algunas preguntas ancla – que son sólo una especie de guía o referente, pero que pueden cambiar según las necesidades, disposiciones y personalidad de cada orante – tales como ¿qué diferencias y semejanzas encontramos entre la situación del texto y la nuestra?, ¿qué conflictos del pasado están presente hoy todavía?, ¿qué dice el mensaje del texto para mi situación actual?, ¿qué cambio significativo sugiere el texto para mi vida?, ¿qué quiere hacer crecer en mí?

En este paso es recomendable hacer una especie de síntesis de todo lo meditado, a modo de frase, formulación o jaculatoria sencilla para la memoria, que pueda seguirse meditando para que la Palabra haga lo suyo en el corazón, y sirva también de apoyo en lo

cotidiano de la vida, hasta la siguiente ocasión que volvamos a la oración.

3. La Oratio (Oración).

Es el momento del diálogo, y aquí vamos a responder a la pregunta ¿qué me hace decir el texto a Dios? Si ya hemos leído y meditado el texto, aquí es en donde nos ponemos en sintonía para responderle a Dios sobre lo que nos ha interpelado. Es un diálogo sencillo, cordial, ameno, pero cargado de un verdadero compromiso de vivir en lo cotidiano es Palabra con la que nos hemos confrontado.

4. La Contemplatio (Contemplación)

Aunque el término mismo pareciera que nos remite a algo alejado de la realidad, y casi como algo reservado a los antiguos monjes o a alguien muy aventajado en las cuestiones de la espiritualidad, nada más lejos de lo que en realidad nos invita a vivir este paso de la lectio divina. La pregunta que responderemos en este último paso es: ¿cómo cambia el texto mi mirada acerca de la realidad? Partimos de la certeza de que al hacer nuestra oración, la realidad puede ser que no cambió, pero la visión que de ella tendremos como fruto de los tres pasos anteriores, sí. Entonces, éste es el paso de la acción, acción que nos debe ayudar a completar en nuestro ambiente, en nuestro diario vivir aquello que todavía nos falta por hacer, experimentar, conocer y sentir.

Oración final (del Jubileo de la Misericordia)

Pbro. Lic. Israel Hermosillo Velasco



LECTIO DIVINA: LA ESCUCHA DE LA PALABRA (para el quinto día)

Shemá, Israel (Dt 6, 4-9)

Iniciamos con la invocación al Espíritu Santo (Puede ser con un canto). Estar en la presencia de Dios.

1. *Lectio (Lectura)* ¿Qué dice el texto?

Dt 6,4-9:

“Escucha, Israel: Yahvé, nuestro Dios, es Yahvé-único. Y tú amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón los mandamientos que yo te entrego hoy, repíteselos a tus hijos, habla de ellos tanto en casa como cuando estás de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes. Grábalos en tu mano como una señal y pónelos en la frente como tu distintivo; escríbelos en los pastes de tu puerta y a la entrada de tus ciudades”.

Orientaciones para la lectura:

Preguntemos: ¿A qué es invitado el pueblo de Israel? ¿Cuáles son las órdenes aquí dadas al pueblo de Israel?

“Escucha, Israel: Yahvé nuestro Dios es el único Yahvé”. Es la oración llamada Shemá (escucha), en su forma fundamental. Esta es la oración más importante para los judíos. La recitan en todas sus fiestas, y momentos importantes de su vida; por la mañana y por la tarde.

La escucha, que lleva a la obediencia es la primera actitud con que se puede rendir homenaje a Dios que nos dirige su Palabra (cfr. Dt 4, 1; 5, 1; 9, 1; 11, 13; 20, 3...). En ella destaca el monoteísmo, tan firmemente afirmado por el pueblo de Israel.

“Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”. A diferencia de otros textos en los que la motivación al cumplimiento de los mandamientos es el temor de Dios, aquí el acento está en el amor. Corazón, alma y fuerzas expresan que el fiel ha de amar a Dios con todo su ser.

Queden en tu corazón estas palabras. ¿A cuáles palabras se refiere? A los mandamientos; basta que leamos con atención Dt 5, 1.22.31; 6, 1 para caer en la cuenta que se trata de los mandamientos, las normas, los preceptos que Dios ha dado al pueblo de Israel.

Las repetirás, les hablarás, las atarás, serán como una insignia, las escribirás. Se trata de un aprendizaje, en constante crecimiento; por eso, la insistencia en *“se las repetirás a tus hijos”*, *“les hablarás de ellas”* en todo momento. Aunque el verbo recordar no es usado en este

texto; sin embargo, no basta con hablar de estas palabras, es necesario escribirlas para recordarlas siempre. Y a lo largo del Deuteronomio se invitará al fiel a recordar las palabras de Yahvé.

En el Deuteronomio hay una invitación constante a la obediencia a Dios. Quien escucha y obedece a Dios, tendrá la bendición de Dios y, será feliz; pero quien no obedece a Dios, tendrá la maldición de Dios y, será infeliz. Así entendían los judíos este pasaje.

2. *Meditatio (Meditación)*. ¿Qué nos dice a nosotros hoy este texto?

¿Escuchamos a Dios que nos sigue hablando? ¿Amamos a Dios con todo nuestro ser? ¿Conocemos a profundidad el designio amoroso de Dios? ¿Les enseñamos a los demás, especialmente a los más pequeños, a amar a Dios y a cumplir sus mandamientos? Todo esto, ¿cómo y en qué medida?

Recordemos que cuando Jesús fue interrogado acerca del mandamiento más importante, contestó con el Shemá (Mc 12, 28-34).

Cristiano, escucha: esto es lo primero y lo que está a la base de toda nuestra fe y, de nuestra vida cristiana: Jesús es nuestro único Señor. San Pablo también dirá que Jesús es el único Mediador y Cristo. Él es nuestro único salvador.

3. *Oratio (Oración)* ¿Qué le decimos a Dios, una vez que Él nos ha dirigido su palabra?

Señor, quiero escucharte; estar siempre atento a tu Palabra...

Aunque hay en oferta muchas palabras que pretenden dar razón a mi vida, tu Palabra Señor, es la única que le da sentido a mi existencia...

Concédeme, Señor, que te ame con todo mi ser: mi corazón, mi alma, mis fuerzas...

Recitar:

Escucha, tú, la Palabra de Dios; no sólo con tus oídos, también con tu corazón.

Escucha, tú, la Palabra de Dios y estate siempre atento a su voz.

Déjala entrar dentro de tu corazón, da tu pan al pobre, préstale tu voz.

Ama a Dios, ama a Dios; con tu caridad, haz que su Palabra llegue a los demás.

Se pueden hacer oraciones espontáneas.

4. *Contemplatio et Actio (Contemplación y Acción)*

¿A qué me comprometo (nos comprometemos) a partir del mensaje que el Señor nos ha comunicado en su Palabra?

Este momento nos lleva a contemplar al Señor (Yahvé), quien nos enseña que la única forma de vida plena es el mandamiento del amor. Experimentemos su

amor y su paz en este lugar, con estas personas y con el entorno. Nos acercamos a Él y le pedimos que nos acompañe y nos enseñe el camino. Estamos dispuestos a obedecerle.

Dejamos un momento de silencio para que cada quien piense en la tarea que va a realizar o el compromiso que va a asumir.

Podemos ponernos de acuerdo en una tarea común y expresarla en una breve frase. Un compromiso podría ser: le vamos a dedicar más tiempo a la lectura orante de la Biblia.

Recitemos juntos un salmo que nos anima a la escucha de la Palabra: Sal 118, 1-8 (y en cada Lectio Divina que practiquemos podemos terminar con una parte de este Salmo)

Podemos cantar: “Escucha, Israel”, “Escuchar tu Palabra” o “Tu Palabra me da vida”.

P. Moisés Guardado Muñoz



TEMAS PARA NOVIOS, ADOLESCENTES Y JÓVENES

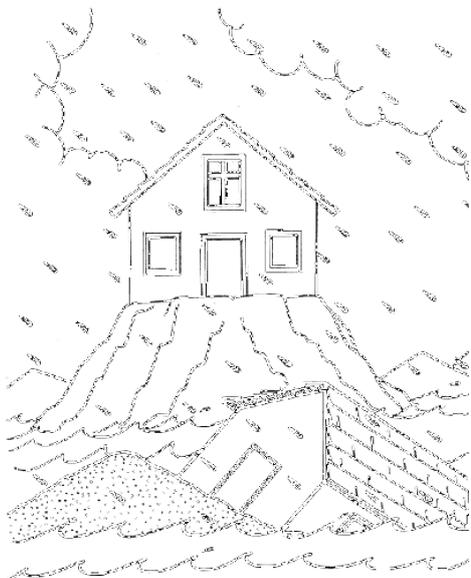
TEMA 1

LAS DOS CASAS CONSTRUIDAS DESDE EL NOVIAZGO

Oración inicial

- a) Canto. Renuévame
- b) Invocación al Espíritu Santo.
- c) Texto bíblico

“Voy a decirles a quien se parece el que viene a mí y me oye y hace lo que digo: se parece a un hombre que para construir una casa cavó primero bien hondo y puso la base sobre la roca. Cuando creció el río, el agua dio con fuerza contra la casa, pero ni moverla pudo, porque estaba bien construida. Pero el que me oye y no hace lo que digo, se parece a un hombre que construyó su casa sobre la tierra y sin cimientos; y cuando el río creció y dio con fuerza contra ella, se derrumbó y quedó completamente destruida”. (Lc 6, 47-49)



d) Oración

Dios y Padre de todos nosotros, en Jesús, tu Hijo y nuestro Salvador, nos has hecho tus hijos e hijas en la familia de la Iglesia. Que tu gracia y amor ayuden a nuestras familias en cualquier parte del mundo a estar en unión con los demás en fidelidad al Evangelio. Que el ejemplo de la Sagrada Familia con la ayuda de tu Espíritu Santo, guíe a todas las familias, especialmente las más a tribuladas, a ser casas de comunión y oración y a buscar siempre tu verdad y vivir en tu amor. Por Cristo nuestro Señor. Amen.

VER. Los jóvenes ante el mundo

Estela y Mariano hacen planes de boda para dentro de ocho meses. Durante dos años han estado de novios. El pronóstico para esta pareja es muy bueno: poseen valores e ideas similares, buen nivel de comunicación mutua, destreza para resolver los conflictos, conciencia del temperamento y del ajeno, y un pacto relativo a sus tareas en la vida de pareja. Ambos contemplan el matrimonio como algo para toda la vida y no como un simple contrato civil a rescindir cuando haya dificultades.

Beatriz y Alberto constituyen un caso sustancialmente diferente. Desde el principio, sintieron una fuerte atracción y la presencia del otro se hacía cada vez más placentera: paseos, bailes, excursiones, etcétera. Se lo han pasado muy bien. Sin embargo, apenas han hablado de la vida en pareja, de las dificultades de la adaptación a la vida de casados, no han debatido sus nuevos papeles en la vida en común y ni siquiera han dialogado sobre la idea de tener hijos o no tenerlos.

A diferencia del primer ejemplo, Beatriz y Alberto que son el segundo caso, no se han preparado para el matrimonio.

Nos dice el Papa en el documento *Amoris laetitia*, “que a pesar de las numerosas señales de crisis del matrimonio, el deseo de familia permanece vivo, especialmente entre los jóvenes, y esto motiva a la Iglesia”. En la mayoría de las culturas y estratos sociales, se concede una gran importancia a la ceremonia nupcial y todo lo que hay a su alrededor. Ya sea por presión familiar y social o por el encanto de materializar una fantasía acariciada durante años, incluso la mayoría invierten cantidades enormes de dinero y muchas horas de planeación para una boda.

Desafortunadamente, en muchos de los casos, se invierte muy poco esfuerzo en la tarea de conocerse mejor y de prepararse (espiritual, emocional y moralmente); no para la boda sino para la vida en conjunto.

Gracias a los cambios de mentalidad en las culturas, la mayoría de los jóvenes, tienen el privilegio de elegir a la persona con quien se van a casar. Sin embargo, hay jóvenes que, a pesar de que se enamoran, no quieren asumir un compromiso mayor y prefieren evadir la decisión de casarse. Incluso, a nivel social podemos decir que en la conciencia de los jóvenes, aun cuando existe el deseo de formar una familia; el matrimonio como sacramento ha ido perdiendo fuerza. Ya sea por las experiencias negativas, o por ver a muchos matrimonios que fracasan; hasta el punto de cuestionar si realmente vale la pena contraer matrimonio por la Iglesia o simplemente intentar una relación sin mayor formalidad.

Tristemente, vemos cómo hoy entre los jóvenes se buscan con mayor frecuencia relaciones sin responsabilidades o demasiado superficiales. Cada vez más en las nuevas generaciones se va forjando los encuentros de café, de solo una noche, experiencias de poca duración. Se exalta de forma exagerada el placer por el placer entre los jóvenes, con la falsa idea de disfrutar la vida al máximo.

A partir de los años setenta, la juventud proclamó **“las virtudes del amor libre”**. Dando pie al uso de una sexualidad desenfadada provocando situaciones o experiencias no tan agradables, como el aumento de madres solteras a temprana edad, el drama de si asumir un embarazo o mejor abortar, relaciones fracturadas por inmadurez, etcétera. La llamada liberación sexual, del siglo pasado, ha provocado tanta frustración, tantos desengaños, que vale la pena hoy en día luchar por formar una mentalidad diferente, rescatando los valores del amor verdadero como virtud y no solo como placer. Forjando **“una pareja que ama y genera vida como una verdadera escultura, capaz de manifestar al Dios creador y salvador”**. (Amoris Laetitia N° 11)

JUZGAR. ¿Vale la pena prepararse y esperar o es mejor dejarse llevar por el momento?

Una familia, un hogar o una vida no se improvisan; normalmente cuando las cosas se hacen de manera superficial, los resultados no son totalmente positivos. Dice un dicho: “El que espera, sino se controla, desespera”. Pero como la impaciencia es muy mala consejera, un hogar feliz no se puede improvisar.

Los textos bíblicos, Lc 6, 47-49; Mt 7, 21-27 nos presentan una catequesis en la que Jesús hace una aclaración a sus discípulos: **“el que escucha mis palabras”**. La parábola habla de dos formas de escuchar, la que me lleva a actuar conforme a lo que escucho; y la que simplemente me lleva a ignorar lo escuchado, actuando de manera superficial e imprudente. Presenta a dos constructores de casa. Resaltando el adjetivo «sensato» designa a aquel que sabe lo que significa el momento del juicio, el sensato construye su casa sobre cimiento rocoso, y el necio sobre suelo arenoso en el fondo del valle.

Entonces el texto invitaría a apoyarse en «la roca de la palabra eterna de DIOS» (Cristo) La Reforma utilizó este texto para establecer la antítesis entre fe y obras frente a todo lo que sea construir sobre la propia religiosidad y las propias obras, solo la construcción sobre el fundamento, Cristo, ofrece la garantía de una vida plena. El Sermón se dirige a los futuros discípulos. Escuchar e incluso invocar a Jesús como Señor, aunque es ciertamente importante (cf. Lc 8,4-21) no es suficiente. Los discípulos se unirán al Israel reconstruido

por Jesús sólo si construyen su vida sobre la realización efectiva de la enseñanza de Jesús, prestando sin interés alguno, perdonando a los deudores, y dando generosamente, incluso al enemigo.

El texto sagrado nos hace una clara invitación a tomar nuestras decisiones, sea en el contexto que sea o en el estado de vida que cada uno decida elegir. Con claridad nos invita a construir sobre roca firme o en otras palabras sobre valores consistentes. Sin embargo, no siempre y no todos sabemos elegir o escoger lo mejor; aquello que nos lleve a una realización plena, por el camino del bien y de la verdad.



En estos nueve años de ministerio sacerdotal con frecuencia he escuchado a diferentes adolescentes y jóvenes con desconcierto en su vida, y mucha incertidumbre que no saben lo que quieren en sus vidas, quizá, solo sea un reflejo de la cultura en la que nos desenvolvemos las nuevas generaciones. Los sueños y las ilusiones de niños en mucho han desaparecido, los medios de comunicación y las redes sociales cada vez provocan menos capacidad del encuentro personal con el otro, hoy nos leemos, no nos escuchamos. La ruptura radical con los valores éticos y espirituales que habíamos recibido de nuestros antecesores provocaron un secularismo y por lo tanto la ausencia de Dios. Además de las pocas oportunidades de realización y el temor de lo que me espera aun cuando me prepare en alguna carrera o profesión.

Es en este ambiente y en estas circunstancias en la que debemos crecer y madurar. Dicho de otra manera, en este tiempo es en el que nos ha tocado estar y en el debemos aprender a forjar nuestro carácter o personalidad. Es en el aquí y ahora que debemos construir nuestra vida, de otra manera solo nos quedaremos en el desencanto y el lamento de generaciones mejores. Cada época tiene sus bondades pero también sus deficiencias. Viktor Frankl, en su libro “El hombre en busca de sentido” al inicio de su obra expresa que **cuando el hombre tiene un por qué, encuentra siempre un cómo**. El hombre que desde el seno de la familia es preparado para la vida, aun en

circunstancias no tan favorables encontrará respuestas y soluciones. Aquel que supo escuchar a sus padres y aprender de su buen ejemplo y consejos, pero además que supo contemplar a Dios en su vida no tendrá por qué temer o fracasar. El Eclesiástico dice: “No te dejes arrastrar por tus pasiones, refrena tus deseos. Si quieres satisfacer todos tus caprichos, serás el hazmerreír de tus enemigos”. (Ecl 18, 30-31)

Después del desencanto que surgió por las promesas del progreso permanente y de que la diosa ciencia llevara a un callejón sin salida, se está volviendo a las fuentes y es un preciso momento para volver a recuperar lo que de verdad da valor y consistencia a la humanidad.

ACTUAR. ¿Quién preparará un feliz matrimonio y una familia feliz?

He aquí el último interrogante y la tarea que se propone. ¿A quién toca construir una comunidad conyugal y familiar donde sea posible la realización personal, la felicidad? En primer lugar corresponde sin duda a los novios, mediante una preparación digna para la nueva vida que están por inaugurar. En segundo lugar, a todos los miembros de la familia, para conseguir con su esfuerzo el proyecto humano y la respuesta cristiana sobre matrimonio y familia. Y en tercer lugar, corresponde a la Iglesia ayudar a los novios a la realización auténtica del sacramento y la vivencia cristiana del Reino de Dios en este ámbito del matrimonio y la familia.

Muchos novios creen que para casarse es suficiente con el tiempo del noviazgo y con rellenar los requisitos de un expediente matrimonial. No comprenden por qué la Iglesia exige una preparación especial. Admiten una catequesis urgente y detallada sobre la vida conyugal y familiar. Y tristemente incluso hay quienes prefieren una cuota en un lugar de un estudio serio que les ayude a descubrir el significado y el compromiso que van a tomar.

El matrimonio es una vida que pide madurez, una fe auténtica, un testimonio mayor de vida cristiana y esto no se improvisa. Como dice el himno a la familia: **“Que ninguna familia comience en cualquier de repente, que ninguna familia se acabe por falta de amor. La pareja sea el uno en el otro de cuerpo y de mente y que nada en el mundo separe un hogar soñador”**.

Quiero terminar con las palabras del Santo Padre Francisco: *“Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianeidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas, como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de Herodes, experiencia que se repite trágicamente todavía hoy en tantas familias de prófugos desechados e inermes. Como*

los magos, las familias son invitadas a contemplar al Niño y a la Madre, a postrarse y adorarlo. (cf. Mt 2,11).



- 1.- ¿Qué importancia tiene en las nuevas generaciones el matrimonio por la Iglesia?
- 2.- ¿Consideras que se pueda vivir un noviazgo, con respeto y responsabilidad, o es mejor permitir las relaciones sexuales desde el noviazgo para vivir mejor el matrimonio?
- 3.- ¿Por qué cada vez más aumentan las separaciones y fracasos en los matrimonios?
- 4.- ¿Crees que sea necesario prepararse para el matrimonio? ¿De qué manera?

Oración final (del Jubileo de la Misericordia)

P. Uriel Martínez Hernández

TEMA 2

“HOMBRE Y MUJER: IMAGEN DE DIOS” (LA PAREJA QUE AMA Y GENERA VIDA ES LA ESCULTURA VIVIENTE)

Objetivo: Reflexionar con los adolescentes y jóvenes en la diferencia y complementariedad del hombre y la mujer que están llamados a unir sus vidas en el Matrimonio por amor.

Oración inicial

Señor, Padre santo,
te damos gracias y bendecimos
tu santo Nombre: tú has creado
al hombre y a la mujer
para que el uno sea para del otro
ayuda y apoyo. Bendice y protege el amor de todos los matrimonios,
que su amor sea entrega
y don, a imagen de Cristo y de la Iglesia.
Ilumínalos y fortalécelos en la tarea
de la formación de sus hijos,
para que sean auténticos cristianos
y constructores esforzados de la
ciudad terrena. Haz que vivan
juntos largo tiempo, en alegría y paz,
para que sus corazones
puedan elevar siempre hacia ti,
por medio de tu Hijo en el Espíritu Santo,
la alabanza y la acción de gracias. Amén.

Del libro del Génesis:

“Y dijo Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Y los bendijo los Dios, y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.»” (Gn. 1,26-28)

“Dijo luego Yahveh Dios: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.» Y Yahveh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, mas para el hombre no encontró una ayuda adecuada. Entonces Yahveh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenoando el vacío con carne. De la costilla que Yahveh Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada.» Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (Gn 2,18-24)



VER

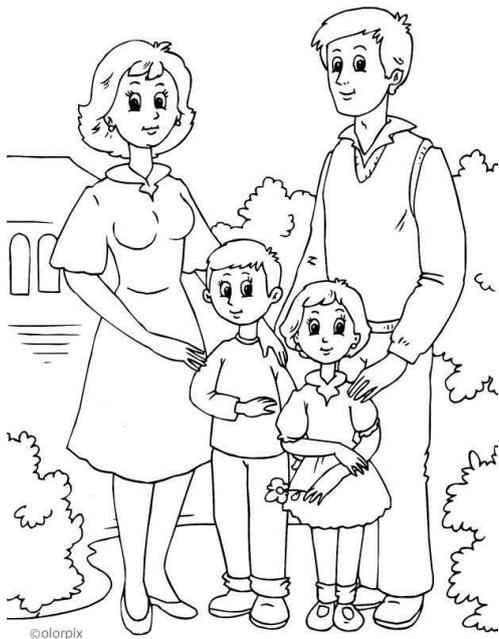
Dios creador es el origen de todo cuanto existe y bajo esta expresión se fundamenta la conciencia religiosa a partir de nuestra fe, si es creador de todo, lo es también de ser humano, y si es creador del ser humano sólo en él podemos encontrar la razón y la realización de la vida del hombre, por lo tanto de la familia, y si Dios es AUTOR de la familia es también su RESTAURADOR, institución que elevó a la categoría de sacramento, es decir, no sólo se encuentra en ella (la familia) la expresión más plena de lo que es ser hombre según el proyecto de Aquél quien lo creó sino que como sacramento, la familia es canal de gracia a través del cual Dios bendice y santifica al hombre, y le da las herramientas suficientes para lograr su felicidad auténtica. Lo anterior manifiesta que la familia no es una

institución humana sino divina y por lo tanto no está sujeta a los caprichos cambiantes de los hombres, pues participa, en su medida de la misma inmutabilidad de Dios.

Y en su simpleza, la familia también goza de la singularidad de Dios, por lo tanto quisiera exponer bajo esta fórmula la esencia del matrimonio católico: Sociedad formada por el mutuo consentimiento ante Dios, de “UNO CON UNA Y PARA SIEMPRE”

Esta expresión puede ayudarnos a comprender los distintos ATAQUES que hoy se viven contra la familia, podríamos señalarlos así:

- uno con muchas (poligamia)
- muchos con una (prostitución)
- uno con uno o una con una (uniones homosexuales)
- muchos con muchas (uniones grupales)
- uno con una por un tiempo (uniones “matrimonio” a prueba)
- uno con una ante sí (uniones “matrimonio” civil)



Estos son ataques directos y declarados contra la familia, que pretenden abrirse paso cada vez más entre las conciencias deformes de los que tienen poder de hacer leyes y pretenden con su falsa autoridad determinar lo incorrecto, constituyéndose así como prestanombres del demonio.

Existen otros factores menos evidentes pero no menos dañinos y no menos feroces:

- Un concepto equivocado sobre la mujer.
- El ateísmo práctico y la lejanía de Dios.
- Una sociedad “adolescentizada” con serios problemas de madurez, falta de tomar decisiones y responsabilidades.
- La práctica, cada vez más común de las relaciones prematrimoniales.

-La consecuente existencia de hijos cuyos padres están separados (que son semilla de un ambiente de “no pasa nada, y esto es normal”)

-Las condiciones económicas de nuestro entorno, (en concreto la situación de nuestra diócesis)

JUZGAR

El relato sobre la creación, que encontramos en la primera página de la Biblia es para todo hombre religioso el fundamento de toda realidad existente desde su experiencia de fe.

Todo salido de la mano obrera de nuestro Dios, Él es el artesano, que modeló cada parte del universo, Él el obrero, Él el médico-cirujano, Él la mente perfecta, porque perfecta es la obra que salió de su ser, y que ha venido a ser espejo del reflejo de aquel que es creador.

Parece una “coincidencia perfecta” de esas que no suelen darse a menudo, pensar que alguien un día (el escritor sagrado) se le ocurriera tomar papel y pluma (papiro, piedra, cuero cualesquiera que haya sido la técnica) y escribir un poema sencillo (porque realmente es sencillo, nada complicado) y queriendo decir cuál es el orden que guardan todas las cosas de aquí abajo (el mundo creado) le diera una explicación tan perfecta, en el orden divino, al mundo entero.

Lo primero que podríamos decir es, que en la Biblia encontramos dos relatos sobre la creación del mundo y del hombre. El primer relato pertenece a una fuente o corriente de espiritualidad hebrea llamada sacerdotal y está presente en Gn 1,1-2,4a. El segundo relato se sitúa en Gn 2,4b-25.

Los estudios bíblicos han llegado a la conclusión que en la formación del pentateuco (cinco primeros libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico y Deuteronomio) se han involucrado cuatro fuentes fundamentales de las cuales, tres están relacionadas con la formación de estos relatos sobre la creación. La ulterior conclusión se ha identificado por el modo de espiritualidad (modo de relacionarse con Dios) que los textos manifiestan. Estas fuentes son la Sacerdotal, la Yahvista, Elohista y Deuteronomista.

El primer relato de la creación Gn 1,1-2,4a proviene de la fuente sacerdotal, mientras que en el segundo se deja entre ver una fusión de la fuente Yahvista y Elohista.

Estos dos relatos sin embargo, forman un conjunto que manifiesta la inspiración divina sobre el proyecto de Dios para el hombre, es decir, que adentrándonos a comprender con mayor profundidad las expresiones del relato de la creación podremos descubrir que es lo que Dios ha pensado sobre la vida del ser humano y al mismo tiempo percibir por donde tendríamos que trabajar para rescatar la familia, pues

como lo hemos dicho anteriormente, Aquel que ha creado es también Restaurador.

El primer relato fue escrito en Babilonia, el contexto de su escritor lo ubicamos en el tiempo del exilio del reino del sur (587-538 a.C.) la tierra de los dos ríos, Tigris y Éufrates que con frecuencia desbordaban sus aguas y lo destruían todo. El agua era entonces el símbolo de aquello que todo lo destruye, el escritor imagina que la obra de Dios consistió precisamente en sacar todo de debajo del agua, y después le dio consistencia, la tierra como una isla en medio del agua de donde fue sacada se manifiesta como un barco de salvación, en medio del caos y la destrucción.

Babilonia era lugar muchos dioses, de idolatría, se adoraba los astros celestes, los animales, se les tenía en el grado de dioses y la criatura humana venía a significar como una especie de ser que vivía sometido a ellos y con el deber de rendirles tributo, era, hasta cierto punto lógica y desde luego engañosa esta forma de pensar, como lo sigue siendo hasta nuestros días, pues si el hombre vivía por los beneficios que de ellos recibía, a ellos se debía y tenía que tenerles en gran estima.

El escritor, un sacerdote hebreo de mentalidad monoteísta ordena estos pensamientos, poniendo (por inspiración divina) al ser humano no como deudor de todo lo que existe, sino como culmen, amo y señor de la creación. Por lo tanto, la pareja humana creada a imagen de Dios es el símbolo del desprecio de los ídolos, y como es imagen directa de Dios, Israel no necesita más imágenes.

Así, mientras en Babilonia los astros y los animales gozan de vida y eran dioses, en la visión de este relato bíblico existen sólo porque el único Dios los crea y están sometidos a Él.

La primera acción de Dios en este relato es la SEPARACIÓN, Dios separa las aguas de la tierra y el día de la noche, no destruye sino que separa, porque para Él todo es bueno, y en el mundo conviven el bien y el mal, como Jesús lo explicaría después con la parábola del trigo y la cizaña (cfr. Mt. 13, 24-30) también así se quería significar la libertad del hombre pues su vida no consiste en sacar la vuelta a los problemas y los obstáculos sino en crecer en la virtud y tener la fuerza de superarlos, así los problemas que aquejan a la familia no son otra cosa sino situaciones que hay que vencer, en el libro del profeta Jeremías Dios le dice al profeta “Ellos cambiarán de actitud para contigo y no tu para con ellos” (Jr. 15, 19)

Otra acción importante de Dios es su BENDICIÓN, lo declara “todo bueno”, y con esa acción manifiesta que esa bondad es fuente de fecundidad, de este modo la bendición de Dios unida al mandato de la procreación, “*multiplíquense*”, como se expresa no solo en la fecundidad animal y vegetal sino en su deseo hacía los hombres manifestado tanto en Adán y Eva, como en

Noé, en Abram, Isaac, Jacob y los demás pueblos de los patriarcas, se convierte en una prolongación de la misma actividad creadora de Dios a través de los hombres.



En este punto descubrimos que la fecundidad que sólo puede darse entre el hombre y la mujer, bajo el amparo de la familia es el lugar querido por Dios para la realización del hombre.

Una última consideración en Gn 1,26 leemos “*Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra*” esa palabra “*hagamos*”, en ella se ha visto una imagen inspirada de la Trinidad, otros han visto una expresión lingüística de solemnidad llamada plural mayestático (de majestad) donde en lugar de decir “yo” se dice “nosotros” para darle un tono de más autoridad, otros más ven el origen mítico del texto: el creador consultaría a su corte de dioses y ángeles antes de decidir crear a la humanidad. Pero parece que puede haber una lectura más y que en nuestros días es importante retomar. Ese plural “*hagamos*” sí indica un interlocutor: el hombre.

Dios dice: “*hagamos*” y el narrador después cambia el verbo y pasa al singular que incluso recalca tres veces diciendo: Dios “*creó*”. Y el verbo que emplea según el origen de la tradición hebrea evoca “hacer de nuevo, de lo nunca visto”; “*Creó Dios al ser humano, a imagen e Dios lo creó, hembra y macho lo creó*”. Dios no se habla a sí mismo, se dirige más bien a los humanos que está creando, para invitarlos a cooperar con Él, les está diciendo “yo les he dado el ser, pero para que ustedes lleguen a ser lo que deben ser, ustedes deben alcanzarlo, con su desarrollo propio”. ¡Que maravilloso! “Dios nos dice a los hombres “*hagamos*” a la humanidad”

Y lo que vemos, lo que estamos viviendo no es hacer la humanidad sino destruirla, borrar y renunciar a la imagen del proyecto original, escuchando la voz del engañador, del mentiroso, del confundidor, que es el

demonio, él nos pierde, nos distrae de lo que debemos llegar a ser.

Solo él (el demonio), mete en nosotros esta desviación:

- uno con muchas (poligamia)
- muchos con una (prostitución)
- uno con uno o una con una (uniones homosexuales)
- muchos con muchas (uniones grupales)
- uno con una por un tiempo (uniones “matrimonio” a prueba)
- uno con una ante sí. (uniones “matrimonio” civil)

Mientras que el proyecto de Dios es: “UNO CON UNA Y PARA SIEMPRE”

Y cuál es el arma que usa el engañador (el demonio) para destruir o para justificar: EL AMOR.

Porque cuando se trata de uno con una y para siempre, lo que queda expuesto y la virtud que lo logra es el amor, y al mismo tiempo la supuesta “razón” (porque de razón no tiene nada, sino más bien de irracional) que parece usarse para justificar las desviaciones del proyecto de Dios también es el amor.



Amor, que muchas veces parece ser sólo humano, que se confunde con el querer, que se mimetiza con el deseo y el placer, y que en todas las expresiones es falta de virtud y carácter.

Este no es un problema de nuestros días, sino de siempre y de todos los lugares del mundo, pues para esto envió Dios a su Hijo al mundo, para venir a enseñarnos el verdadero sentido del amor que siendo humano llega ser divino y con él el amor nacido de Dios, dar al hombre la fuerza de derrotar al enemigo.

ACTUAR

El Papa Benedicto XVI que tiene una estupenda claridad espiritual y teológica, porque es hombre de fe, al tomar el timón de Pedro, el Apóstol al que Dios le encargó guiar a la Iglesia, nos advertía cual era el problema más feroz al que la sociedad actual se enfrentaba y de hecho al que nos enfrentamos: **el amor**; por eso, las primeras palabras que quiso dirigir a la

cristiandad en su calidad de Romano Pontífice fueron una catequesis sobre el amor, que pretendían guiarnos hasta la afirmación de que Dios es amor (Deus caritas est) así tituló aquel documento, el mismo papa en la misa “*pro eligendo pontífice*”, (la misa que el presidio a la muerte del Papa Juan Pablo II y en la que pedía el don de un nuevo Pedro para la Iglesia) afirmaba que el gran problema de nuestros días era vencer el relativismo, es decir, esa ideología de la confusión, donde todo tiene valor de pendiendo de la persona, donde cada quien tiende a imponer su propia verdad al margen de los valores universales y **haciendo a un lado a Dios mismo**. Por eso, los ataques a la familia que nosotros estamos sufriendo, son la entronización de ese relativismo.

En marzo de 2016, hace unos meses, el día de San José, el Papa Francisco promulgó las conclusiones de los dos sínodos de la familia que se habían realizado en Roma en los años anteriores. El Papa nombró este documento *Amoris Laetitia* (amoris letitsia) o La Alegría del Amor. Esto no es otra cosa sino la constatación, que **debe buscarse el más pleno y perfecto amor para encontrar la verdadera alegría**. Después de escuchar a todo el mundo y no sólo a hombres de iglesia sino a verdaderos expertos en las relaciones humanas, el Papa afirma que: el verdadero amor sólo puede experimentarse en las familias, y sólo en aquellas que responden al plan original sobre lo que Dios tenía en mente en el momento de la creación.

Para explicarlo, el Papa usa el salmo 128, 1-6 que forma parte de las liturgias nupciales:

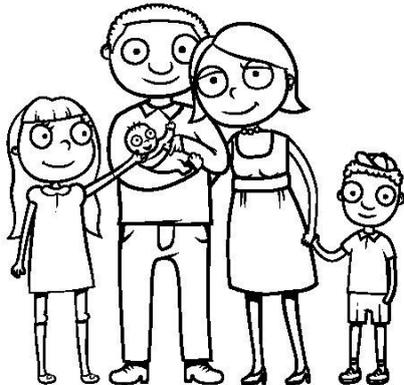
*Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos!
Del trabajo de tus manos comerás, serás dichoso, te irá bien. Tu esposa, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos como brotes de olivo, alrededor de tu mesa.*

*Esta es la bendición del hombre que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén,
todos los días de tu vida; que veas a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!*

Dice el Papa: en el centro encontramos al padre y la madre de familia con toda su historia de amor, en el salmo se manifiesta la fecundidad, pues la pareja que ama y genera vida es la verdadera escultura viviente, no de piedra, sino imagen de las mismas realidades de Dios, porque Dios trinidad es comunión de amor y la familia es su reflejo viviente.

Algo que tal vez no hemos podido comprender muy bien, o no lo queremos aceptar es que el amor es imposible de vivir en la igualdad (homosexualidad), sino más bien en la complementariedad. Por eso la Trinidad no son personas iguales, sino distintas, y así en la familia, el amor solo puede vivirse en la complementariedad, que no quiere decir sólo física (que

el deseo exclusivo de la carne) sino sobre todo emocional, y espiritual. Así lo expresa el cantar de los cantares en una estupenda profesión de amor y de donación en la reciprocidad. *“mi amado es mío y yo soy suya [...] Yo soy para mi amado y mi amado es para mí”* (2,16; 6,3).



De este encuentro surge la unidad que destruye la soledad a la que Dios quiso poner fin *“no es bueno que el hombre este solo”* (Gn 2,18) y que Jesús repite: *“se unirá a su mujer y serán una sola carne”* (Mc. 10, 8) el verbo “unirse” en el original hebreo denota no sólo contacto sexual sino la donación voluntaria del amor al grado de formar una sola carne lo que viene a rechazar todo tipo de uniones que ponen en peligro la verdadera unión que solo se da con una y una sola vez (contra la poligamia y uniones grupales)

La alegría de este salmo y de ver la pareja unida por amor y con el fruto de ese amor que son los hijos y con al menos lo necesario para vivir que es alimento, la prosperidad y la bendición de Dios no niega una realidad amarga que marca todas las Sagradas Escrituras. La falta de techo, la falta de comida, los disgustos, la violencia, hasta los hijos difíciles son realidades que acompañan nuestra condición humana y a las que la biblia no cierra los ojos, al contrario, es donde se alza la voz de Dios que busca dar consuelo y esperanza.

Por eso mismo el Papa, en ese documento, pretende orientar por donde tenemos que trabajar.

- La contemplación del proyecto original querido por Dios.
- La verdadera y seria educación en el amor.
- La lucha por la virtud de vencer el egoísmo.
- Las ayudas espirituales (oración, Palabra de Dios y sacramentos)
- Las ayudas humanas de la ciencia por ejemplo de la psicología, la pedagogía y la medicina.
- La promoción auténtica de leyes justas que luchen contra la pobreza y hagan llegar recursos económicos a los que menos tienen.

Quisiera terminar con lo que el Papa ha dicho recientemente a las familias jóvenes en la JMJ 2016 en Cracovia: */Perdón, permiso y gracias.*

“No es fácil formar una familia. No es fácil comprometer la vida para siempre. Hay que tener coraje. Y los felicito, porque ustedes tienen coraje”, dijo el Papa a los esposos. Además, habló de tres palabras que pueden ayudar en la vida matrimonial que encuentra dificultades: “permiso”, “gracias”, “perdón”.

“Siempre preguntar al cónyuge: la mujer al marido, el marido a la mujer: ¿qué te parece? ¿te parece que hagamos esto?” La segunda palabra: gracias. Cuántas veces el marido le tiene que decir a la mujer gracias y cuántas veces la esposa le tiene que decir al marido gracias. Y la tercera palabra es perdón. Es una palabra muy difícil de pronunciar. En el matrimonio siempre, el marido o la mujer, siempre está equivocado. Saber reconocer esto y pedir disculpas, pedir perdón, hace mucho bien”, explicó el Santo Padre.

Oración final (del Jubileo de la Misericordia)

P. Néstor Alejandro Rivas Parra

TEMA 3

LAS BIENAVENTURANZAS, LA MORAL DE LA FELICIDAD DE JESÚS

Objetivo: Reflexionar con los adolescentes y jóvenes en el camino de plenitud propuesto por Jesús para todos sus seguidores en las bienaventuranzas.

Oración inicial

Comenzando el nombre de la Trinidad, haciendo la señal de la Cruz en la frente y en un momento de silencio, nos ponemos ante la presencia de Dios para que nos ayude a abrir nuestra inteligencia para ser cautivada por el Amor y para abrir nuestro corazón para ser iluminado por la Verdad. He utilizado a propósito esta nueva forma de entender el corazón y la inteligencia para subrayar que ambas realidades nos hacen también rezar, y sólo así lo hacemos de una manera integral.

Escuchemos con atención, devoción, piedad y alegría la Palabra de Dios.

Del Evangelio según san Mateo (5, 1-12)

“Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y, tomando la palabra, les enseñaba diciendo:

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia,

porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia,

porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados serán cuando los injurien y los persigan y digan con mentira toda clase de mal contra ustedes por mi causa. Alégrese y regocíjense, porque su recompensa será grande en los cielos; pues de la

misma manera persiguieron a los profetas anteriores a ustedes”.

Palabra del Señor.



VER. Nuestro deseo de felicidad

Todos los hombres y mujeres de cada tiempo poseemos en el interior de nuestro corazón una única inquietud: buscar y encontrar la felicidad. Todo lo que el hombre piensa, hace, construye, planea, proyecta....está en función de este deseo innato, ineludible e insustituible.

Sin embargo, la felicidad se puede presentar de una manera ambigua o equivocada cuando se identifica con un sentimiento, una emoción, una posesión o una obsesión. El hombre busca desesperadamente la felicidad y en ocasiones se contenta con beber tragos de placer en cualquiera de los sentidos (ya sea en el aspecto de la comida, o la bebida, o la sexualidad, o el poder, o acumulando cosas) pero pagando un interés muy alto: se cambia la verdadera felicidad por un momento de placer que sólo da más sed.

Entonces ¿qué es la felicidad? ¿Cómo se encuentra? ¿Es posible ser feliz cuando descubrimos muchas situaciones que en vez de aumentarla la disminuye? Para responder a este deseo inalienable el mismo Jesús nos ha dicho qué es la felicidad auténtica y cómo se puede alcanzar. Más aún: la felicidad no es una idea ni un acumular experiencias placenteras en la vida; la felicidad es una persona: Cristo.

Por lo tanto, la felicidad hace referencia a la misma identidad del cristiano: “Sean santos, porque yo, Yahvé, su Dios, soy santo” (Lev 19, 2); pero también constituye su misión propia: “Estén siempre alegres” (1 Ts 5, 6). La santidad se equipara con la alegría, como lo

afirma san Juan Bosco: “La santidad consiste en estar alegres”.

Ahora bien, la alegría y felicidad no se reducen al aspecto transitorio de un momento de la vida, sino que es un estilo de vida propio de quien se deja asombrar y alegrar por Jesús; es un estado de vida que, paradójicamente, no excluye el dolor o el sufrimiento sino que lo sabe integrar en la misma existencia y que se asume desde otra óptica: la de Cristo.



JUZGAR. Las bienaventuranzas

Es interesante descubrir que Jesús, en el Sermón de la Montaña, se presenta como el auténtico Maestro, incluso va más allá porque se manifiesta como la verdadera Toráh, y que es Él la única manera de poder interpretarla con certeza y plenitud, sin temor a equivocación ni ambigüedad.

Pero aún más llama la atención que Jesús invita a la felicidad a sus oyentes y que lo haga incluso antes de cualquier otro tipo de discurso. Habla de la felicidad incluso antes de hablar de religión, del contexto social, de la doctrina, de la tradición o de los sacramentos. En este punto resulta muy novedoso el punto de vista que muestra Jesús: si alguien no es feliz, no hará nada feliz. Ni rezar, ni evangelizar, ni perdonar, ni trabajar, ni estudiar, ni formar familia.

La actuación de Jesús siempre tiende para que sus oyentes sientan la profunda felicidad al ser conscientes de ser hijos de Dios; por eso los signos que utiliza promueven esta forma de vivir: sanando a los enfermos, perdonando a los pecadores, consolando a los

tristes, expulsando a los demonios, dando de comer a los hambrientos, bendiciendo a los niños, haciendo la invitación a tantas personas a seguirle, predicando, enseñando a orar.

Haciendo un sucinto resumen de cada una de las bienaventuranzas, podemos subrayar los siguientes aspectos:

+ *Los pobres*: Cuando Jesús comienza su sermón inaugural con la bienaventuranza de los pobres, pretende hacer que se reconozca a ellos como los privilegiados del reino que instaura y anuncia; son los desprotegidos, los marginados (en todos los sentidos, no sólo en el económico, sino también en el social y religioso, inclusive), los débiles; aquellos que no tienen otro protector sino solamente Dios. Por eso Jesús se presenta como el Mesías de los pobres, porque en definitiva, son ellos los que acuden a Él.

+ *Los que lloran*: Es claro que el llanto del que se trata no es por un desequilibrio, frustración o una pérdida de sentido. Es en el sufrimiento donde se toca la realidad necesitada y frágil del hombre. Jesús “no suprime el sufrimiento, pero lo consuela (Mt 5, 5); no suprime las lágrimas, únicamente enjuga algunas a su paso (Lc 7, 13; 8, 52), en signo del gozo que unirá a Dios y a sus hijos el día en que «enjuga las lágrimas de todos los rostros» (Is 25, 8; Ap 7, 17; 21, 4). El sufrimiento puede ser una bienaventuranza, pues prepara para acoger el reino, permite «revelar las obras de Dios» (Jn 9, 3), «la gloria de Dios» y la «del Hijo de Dios» (11, 4)”.

+ *Los mansos*: La mansedumbre no significa debilidad o fracaso sino justamente una humilde sumisión a Dios, que se basa en la fe en su amor. Por eso, a los mansos, Dios los sostiene, los dirige, los salva y les da su paz. Es, por tanto, un fruto del Espíritu.

+ *Los que tienen hambre y sed*: “El hambre y la sed, por expresar una necesidad vital, muestran el sentido de la existencia humana delante de Dios: por esta misma razón contiene cierta ambivalencia (Prov 30, 9). Tener hambre y sed es una experiencia positiva que debe abrir a Dios; pero el estado de hambriento es un mal no querido por Dios y que es necesario intentar suprimir... Jesucristo, Mesías de los pobres (Lc 1, 53) proclama la hartura de los que tienen hambre y sed (6, 21). Inaugura su misión tomando sobre sí la condición del hambriento y del sediento”.

+ *Los misericordiosos*: Se puede resumir en los dos conceptos que el término hebreo contiene. El primero, con referencia a un apego instintivo de un ser a otro (sentimiento que se ve reflejado en el aspecto existencial del seno materno, las entrañas; como una madre, un

padre o un hermano); y el segundo término, referido a la piedad, como la relación entre dos seres y que incluye la fidelidad. Es una respuesta a un deber interior y fidelidad a sí mismo.

+ *Los limpios de corazón*: La pureza es una categoría común de las religiones antiguas, y consiste en una disposición requerida para acercarse a las cosas sagradas; aunque en forma secundaria puede implicar la virtud opuesta a la lujuria, se procura no con actos morales, sino mediante ritos. Para la fe bíblica, dicha noción tiende a hacerse interior y moral, hasta que Cristo muestra su fuente y plenitud. Jesús proclama y subraya el aspecto interior de la pureza: aquí reside. Por eso, los demonios son llamados con toda justicia “espíritus impuros”, porque la maldad procede del interior. Por ende, para ver a Dios, es necesaria la disposición interior para ser limpio y puro; aunque no basta la pureza moral, sino que se requiere la misma presencia activa del Señor en la existencia de la persona humana. Sólo así, el hombre podrá ser radicalmente puro.

+ *Los pacificadores*: Es evidente que el hombre desea la paz, pero a veces ignora la naturaleza del bien que anhela. La palabra hebrea “Shalom” hace referencia a un encontrarse intacto, completo (Job 9, 4). En este sentido, la paz bíblica no es sólo un “pacto” que pudiera permitir una vida tranquila, ni tampoco un “tiempo de paz” en contraposición a un “tiempo de guerra”. Designa, más bien, el bienestar de la existencia cotidiana, el estado del hombre que vive en armonía en todos los sentidos: consigo mismo, con la naturaleza, con Dios, con los demás. Es realmente una bendición; pero también, fruto de la justicia, suma de los bienes otorgados a la justicia; es, a la vez, un don de Dios, pero también una conquista del hombre.



+ *Los perseguidos*: En cierto sentido, la persecución pudiera entenderse desde la perspectiva del sufrimiento, sin embargo tiene otras dimensiones. Por una parte, el sufrimiento es universal (todo hombre lo experimenta); en cambio, la persecución parece tener un origen oculto. Veámoslo de la siguiente manera: A través de sufrimiento, Dios quiere purificar al pecador; mientras que por la persecución, el maligno trata de oponerse al

designio de Dios y separar al hombre de Su amor. No obstante, la persecución es asumida por Dios (lo vemos en la Crucifixión de Jesús), y así vence al mal. En definitiva, los perseguidores no tratan de acabar con los perseguidos, sino que buscan terminar con la causa última de dicha persecución: Dios.

ACTUAR. Sigamos a Jesús por el camino de las bienaventuranzas

Las Bienaventuranzas proclamadas por Jesús en el Sermón de la Montaña no se reducen a un bello discurso, ni tampoco a una terapia masiva para gente que experimenta sufrimiento, ni a una enseñanza moral (que diga sobre lo bueno y lo malo, o sobre quién es bueno o malo) ni a una doctrina social (que incite a una revolución de clases) ni tampoco a un aspecto ritual (ya que se refieren también a la vida fuera del Templo).

Las Bienaventuranzas nos hablan de quién es Jesús y cómo se manifiesta: lo que dice ahí, Él lo vive y sólo desde su vivencia tienen sentido todas las cosas y cada una de las Bienaventuranzas. Los cristianos no siguen una política o una doctrina; sino que se identifican con Jesús.

Hemos de asombrarnos por la actitud que pide Jesús para aquellos que desean seguirle: Para san Mateo, las bienaventuranzas son las primeras palabras de Jesús después de su invitación a la conversión (cfr. Mt 4, 17) y anterior incluso a la oración (cfr. Mt 5, 7-15). Incluso están antes de los milagros. Para san Lucas, el Sermón de la llanura está colocado inmediatamente después de la elección de los Doce (cfr. Lc 16, 12ss) y antes de enviarlos a la misión (cfr. Lc 9, 1ss).

La felicidad es el presupuesto de la invitación a ser discípulos, es el fundamento de la oración, es la condición necesaria para asumir el dolor, la fragilidad, la debilidad. De lo contrario nos enajenarían las situaciones dramáticas.

Podemos preguntarnos:

- + ¿Somos bienaventurados?
- + ¿Qué debo hacer para ser alcanzado por la bienaventuranza?
- + ¿Cuál de las bienaventuranzas necesito trabajar más y por qué?

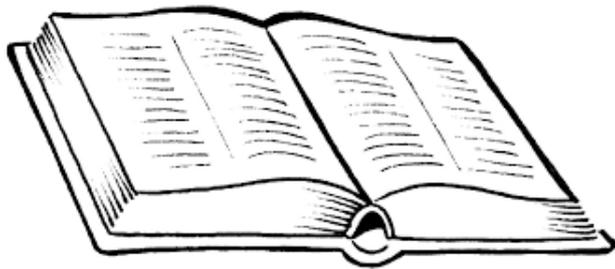
Oración final (del Jubileo de la Misericordia)

P. Juan Antonio Quezada Ávila

Nota:

Para el cuarto día el TEMA es el mismo de los temas para Agentes de Pastoral y Laicos en general: LA LECTIO DIVINA (pp.17-18) y para el quinto día se realiza la Lectio Divina (pp. 19-20).

ENTRONIZACIÓN DE LA BIBLIA EN LOS HOGARES



Ambientación

Preparar un altar donde se colocará la Biblia, con una imagen de Jesús, la Virgen María, encender el Cirio Pascual y colocar también flores (de ser posible un atril para colocar la Biblia).

1. Motivación

Guía: Queridos hijos (esposa, hermanos, amigos, etc.) esta vez nuestra familia se ha reunido alrededor de la Palabra de Dios, porque queremos que sea la luz que ilumine a nuestra familia. Al igual que en el antiguo Pueblo de Dios somos peregrinos y peregrinas, seguidores del Señor que sigue hablándonos en las Escrituras. Hoy vamos a entronizar la Biblia: así manifestamos que la Palabra del Señor será la brújula y el timón para esta familia; será la maestra que nos enseñe los caminos del Señor.

En el nombre del Padre...

2. Cantamos “Tu Palabra me da vida”

La Biblia abierta va pasando de mano en mano. Cada uno la recibe con veneración y le da un beso.

3. Oración (Después de colocar la Biblia en el lugar destinado)

Guía: Dios nuestro, Padre bondadoso que nos amas, envíanos tu Espíritu Santo, para que nos ayude a leer la Biblia desde el corazón. Sabemos que en las Sagradas Escrituras resuena la voz de Jesús, tu Hijo Amado y Hermano nuestro. Crea en nosotros el silencio para escuchar su voz: para que también nosotros seamos sus discípulos Misioneros, para que podamos testimoniar a los demás que Jesús está vivo y presente en medio de

nosotros como fuente de amor, de esperanza y de paz. Que en esta familia resuene siempre tu Palabra. Amén.

4. Proclamación de la Palabra de Dios (buscar y leer el texto en la Biblia)

Del Santo Evangelio según san Lucas (4,14-21)

“Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu, y su fama se extendió por toda la región. Él iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos. Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos” “y proclamar un año de gracia del Señor”. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijados en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.»”

Palabra del Señor.

Meditamos un momento y después compartimos lo que nos dice personalmente la Palabra de Dios.

5. Peticiones

Guía: Pidamos a Dios, que su Palabra que hemos entronizado en nuestro hogar, sea semilla que dé muchos frutos en nosotros y nuestros hermanos. Y digamos: “Señor a quién iremos, sólo Tú tienes palabras de vida eterna”.

- Para que todos los católicos amemos cada día más la Palabra de Dios y nos dejemos conducir por ella. R.
- Para que la Biblia no sea sólo adorno en nuestra casa sino maestra de vida, a quien escuchemos con frecuencia. R.
- Para que la Palabra de Dios sea luz para nuestros pasos y alimento que fortalece nuestra vida de fe. R.
- Para que el Señor bendiga nuestro hogar con el amor y el perdón de cada día. Que en eso se note que somos una familia de discípulos misioneros de Jesús. R.

Guía: Que María, madre de Jesús y madre nuestra, primera discípula misionera del Evangelio, nos eduque en la escucha de la Palabra de Dios. Amén.



Oración de toda la familia

Todos: Señor, Padre de Jesús y Padre Nuestro, mira con bondad esta familia reunida en tu nombre, que desea acercarse a Ti, escuchado tu voz en la Biblia. Enséñanos, Padre, con tu Palabra. Queremos ser discípulos, caminar junto a Jesús, aprender a vivir como verdaderos hijos tuyos. Danos fuerza, Señor y anima nuestro caminar. Tu Palabra es la fuente viva, acércanos a ella. Señor, queremos que esta familia sea un templo donde resuene tu Palabra, y nuestros corazones sean el lugar donde ella germine, porque la llevemos a la vida y la expresemos en el amor que nos tenemos y que donamos a todos. Amén.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

6. Invocación Final

Guía: Dios, Padre bondadoso, de quien proviene toda paternidad y amor, bendiga nuestra familia, y nos siga alimentando con la Palabra que sale de su boca.

Todos: Alabado seas por siempre, Señor.

Guía: Que el Evangelio de Jesús, nuestro Señor, resuene siempre en este hogar, irradiando luz y esperanza.

Todos: Alabando seas por siempre, Señor.

Guía: Que el Espíritu Santo, Maestro y Amigo interior, nos enseñe a leer y orar la Palabra que palpita en las Escrituras Santas.

Todos: Alabado sean por siempre, Señor.

(Nos persignamos diciendo) Que el Señor nos bendiga y nos proteja, que el Señor nos muestre su rostro y nos conceda la Paz. Amén.

Canto Final

“El Señor es mi luz”

EL "LLAMADO" EN LA BIBLIA

Cuando Dios llama interpela al hombre en su totalidad y en su intimidad, evidenciando su confianza, generosidad y disposición para responder o su desconfianza, egoísmo y rechazo.

Dios sorprende al hombre con sus llamadas, desde la primera vocación que llamó a la existencia al universo entero y al hombre mismo (Gn 1-2) hasta las llamadas que continúa haciendo en la vida de cada uno, de lo que el Apocalipsis declara "dichoso al que guarde las palabras proféticas de este libro" (Ap 22,7),

En nuestro tiempo muchos están distraídos y no escuchan la llamada que viene de Dios, mientras se creen muy comprometidos a favor de la promoción y el crecimiento de la dignidad humana. Pero, ¿podemos promover al hombre sin escuchar y responder a Dios?

LA VOCACIÓN EN EL A.T.

+ La vocación de Israel.

"Cuando Israel era niño, yo lo ame y de Egipto llamé a mi hijo" (Os 11,1) "Yo los he llamado... Yo enseñaba a Efraín a caminar" (Dt 14,1). El llamado a Israel es la expresión del amor eterno de Dios con este pueblo. La alianza que luego se estipulará en el Sinaí ratificará la respuesta positiva del pueblo y la sellará con la elección. Entre tanto, antes de la alianza sinaítica, la palabra de Dios se dirige a Moisés acerca de la vocación del pueblo: "Si escucháis atentamente mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad especial entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; vosotros seréis un reino de sacerdotes, un pueblo santo" (Ex 19,4ss). Con la respuesta del pueblo: "Todo lo que el Señor ha dicho, lo haremos", ahora el pueblo será "mi propiedad", pertenencia peculiar de Dios, en el cual Dios mismo pone su sello, que lo distinguirá de cualquiera otro pueblo. No sólo eso; como "reino de sacerdotes" se le conceden ulteriores privilegios: está dedicado de modo especial al servicio de Dios, a la pureza de su culto en la tierra, a su conocimiento y a su adoración.

+ La vocación de los profetas.

Dios llama a los profetas en circunstancias distintas para comunicar su mensaje al pueblo. Isaías en una teofanía, a la que sigue la confirmación divina, la respuesta y la misión (cfr. Is 6,1-8): "El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado, y sus haldas llenaban el templo. Unos serafines se mantenían erguidos por encima de él; cada uno tenía seis alas: con un par se cubrían la faz, con otro par se cubrían los pies, y con el otro par

aleteaban, y se gritaban el uno al otro: «Santo, santo, santo, Yahveh Sebaot: llena está toda la tierra de su gloria.». Se conmovieron los quicios y los dinteles a la voz de los que clamaban, y la Casa se llenó de humo. Y dije: «¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahveh Sebaot han visto mis ojos!» Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado de sobre el altar, y tocó mi boca y dijo: «He aquí que esto ha tocado tus labios: se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado.» Y percibí la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré? ¿y quién irá de parte nuestra?» Dije: «Heme aquí: envíame.» Del mismo modo Ezequiel tiene una visión divina (cfr. Ez 1,4) y ve "la forma de la gloria del Señor" (cfr. Ez 1,28), se le encomienda una misión (cfr. Ez 2,2-8) para dirigirse a la "casa rebelde", con el poder del "espíritu" que entra en el profeta y el alimento que toma comiendo "un libro escrito" que le da el Señor antes del envío (cfr. Ez 2,8s; 3,1ss). Algunas veces Dios da un signo al dirigirse al profeta para confiarle una misión, como a Jeremías (Jr 1,5-10): "Antes de formarte en el seno de tu madre te conocía, y antes que nacieras, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí"... a lo que sigue la respuesta de la incapacidad del profeta: "¡Ah, Señor YHWH! Mira que no se expresarme, que soy un muchacho" y la confirmación divina: "No digas soy un muchacho, pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte", y la llamada decisiva consolidada con una señal "Entonces alargó YHWH su mano y tocó mi boca. Y me dijo: Mira he puesto mis palabras en tu boca. Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir, para perder y derrocar, para reconstruir y plantar".



La vocación del profeta requiere además y asegura una constante protección divina. Se puede recordar también la vocación profética del joven Samuel en 1Sm 3,4-11, "profeta" de Dios y "reconocido profeta por su fidelidad", que dio muestras de ser "vidente veraz"; aunque estaba en el santuario, se encontraba muy poco dispuesto a la llamada vocacional, pero la llamada le envuelve completamente. La vocación profética aísla al llamado de los suyos, hace de él un extraño o incluso un enemigo (cfr. Is 8,11; Jr 12,6; 15,10; 16,1-9), causándole no pocas tribulaciones. Por su parte, el profeta se presentará como intercesor del pueblo.

Algunos otros personajes también tienen las características de las llamadas proféticas. Es el caso de Abraham, también él llamado, separado de los suyos y de su patria, enviado a la *"tierra que yo te mostraré"* (Gn 12,1), es decir, con el mandato específico de la fe. "Amigo de Dios" (Is 41,8; Dn 3,35), Gn 20,7 lo llama explícitamente "profeta" y le atribuye la función de interceder ante Dios, lo cual hace Abraham también a favor de Sodoma y Gomorra (Gn 18,23-33).



Lo mismo vale para Moisés, al cual se le "aparece" Dios en la zarza y le llama por el nombre (Ex 3,4), con la respuesta "aquí estoy" por parte del llamado y la misión por parte de Dios (Ex 3,9s) y el signo sucesivo (3,12.14; 4,1-9). Justamente la tradición deuteronomista lo definirá "profeta", y hasta afirmará que *"no volvió a aparecer en Israel un profeta como Moisés"* (Dt 34,10; Si 45,1-5). También él intercede a menudo por el pueblo y es intermediario suyo delante de Dios (cfr. Ex 32,11-14.31s). Es también "amigo de Dios" (Sb 7,27), con el cual habla "cara a cara" (Ex 33,11; Nm 12,8), y en nombre del cual incluso llama a su vez, es decir, da la investidura a Josué para la sucesión, transmitiéndole la misión divina (Dt 31,7s). Por otra parte, Nm 27,18 pone a Josué en el mismo plano que los profetas, describiéndolo como "hombre en el cual está el

espíritu", no menos que Si 46,1, para el cual Josué "sucedió a Moisés en el oficio profético".

Otro llamados para una misión los encontramos en el juez Gedeón (Jc 6,11-23), así como la doble teofanía para la vocación de Sansón (Jc 13,3ss), y el no israelita Balaán (Nm 23,3ss.16). También el "siervo" de Dios Nabucodonosor (Jr. 27,4-7) y el rey persa Ciro (Is 48,14; cfr. 41,2; 45,3s; 46,11). Además la vocación de los reyes, donde la intervención no es directamente de Dios al rey sino por medio de un intermediario. Así las narraciones de investidura de Saúl por medio de Samuel (Sm 9-10), de David por medio de Samuel y Natán, que es considerado como el llamado por excelencia (cfr. Am 7,15; Sal 78,70s). Esto no sorprende si se tiene presente que el rey, como era frecuente en el cercano Oriente, es considerado una especie de lugarteniente de Dios, quien se ha formado a su propio pueblo, a cuyo frente se pone al rey como una especie de delegado divino.

LA VOCACIÓN EN EL N.T.

En el NT la vocación intenta ante todo colocar al hombre en la esfera de la salvación: *"Dios los llamó por nuestra predicación del evangelio para que alcancéis la gloria de nuestro Señor Jesucristo"* (2Ts 2,14). La vocación cristiana recibida en el bautismo es una vocación a ser "creaturas nuevas" (cfr. 2Cor 5,17) *"partícipes de la naturaleza divina"* (2Pe 1,4).

+ La vocación del Padre en Cristo es la vida cristiana

Dirigiéndose a los fieles de Corinto, Pablo los describe como *"santificados en Cristo Jesús, por vocación santos, con todos los que invocan en cualquier lugar el nombre de nuestro Señor Jesucristo"* (1Cor 1,2). Esta es la característica fundamental de la vocación cristiana.

El término *ek-klesía*, traducido por "iglesia", propiamente equivale a "con-vocación", pues se deriva del mismo verbo *kaléo* con el que se expresaba habitualmente vocación (cfr. 1Ts 1,1; 2Ts 1,1; 1Cor 1,2; 2Cor 1,1). La vocación constituye una propiedad de Dios; él es *"el que llama"* (Rom 9,12; cfr. Gal 5,8).

Esta llamada está ligada en el NT al "misterio de Cristo", es decir, a la revelación del plan salvífico divino *"formulado en Cristo Jesús, nuestro Señor"*, *"misterio que Dios, creador del universo, ha tenido en sí oculto en los siglos pasados"*, pero que ahora *"se lo ha manifestado a sus santos apóstoles y profetas por medio del Espíritu"*. Consiste en el hecho de que ahora *"los paganos comparten la misma herencia con los judíos, son miembros del mismo cuerpo y, en virtud del evangelio, participan de la misma promesa en Jesucristo"* (Ef 3,5s.9.11).

La vocación es para todos los hombres; pero no tomarán parte en ella sino a condición de dar su consentimiento, es decir, mediante la fe en Cristo. También en 1Cor 1,2 es explícita la relación con Cristo Jesús: *"a la Iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con cuantos en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro, de nosotros y de ellos"*. La santidad y "en Cristo Jesús" resumen el contenido de la vocación. Además, esa vocación no es propia sólo de los corintios, sino que es compartida *"con todos los que en cualquier lugar..."* —es decir, todos los cristianos— *"el Señor su Dios llame"* (He 2,39). Así pues, la vocación a la santidad por parte de Dios en Cristo Jesús es la llamada que caracteriza al cristiano y marca sus pasos para toda la vida (cfr. 1Ts 2,12).

La vocación cristiana (la "santidad") por una parte separa al hombre de los demás, lo "llama de", como para sacarlo ya sea del mundo de los judíos, ya del de los paganos (Rm 9,24; Col 3,11; cfr He 2,39 y Is 57,19). No es que quien es llamado deba, por así decir, escapar de todo y de todos, porque de otra manera... *"deberíais salir del mundo"* (1Cor 5,10). Al contrario, Pablo prescribe que *"cada uno permanezca en la condición en que estaba cuando Dios lo llamó"*, y explica cómo por medio de la vocación cristiana la vida adquiere un valor del todo nuevo, estableciendo de hecho una relación exclusiva con Dios (1Cor 7,20.22).

Por otra parte, es decir, positivamente, la vocación cristiana reserva al hombre para sólo Dios: los *"llamados según el plan de Dios"* son como consagrados a él (y por él), y colaboran a la manifestación de su mismo designio salvífico (Rom 8,28-30). A su modo, los "llamados" gozan ya del atributo esencial de Dios (y de Cristo), que es ser "santo".

Pablo lo recordaba enérgicamente desde su primera carta: *"Esta es la voluntad de Dios (respecto a vosotros): vuestra santificación"... "Dios no nos ha llamado a la impureza, sino a vivir en la santidad"* (1Ts 4,3.7). También al exhortar con energía a los cristianos de Éfeso a la unidad, el apóstol vincula toda la vida cristiana a la vocación y la nueva relación establecida por éste con la misma Trinidad: *"Os pido que caminéis de una manera digna de la vocación que habéis recibido. (...) Un solo cuerpo y un solo espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados..."* (Ef 4,1-6). Durante la vida presente, el cristiano deberá *"caminar de manera digna de su vocación..."* (Ef 4,1). Esto lo expresa también globalmente el precepto de 1Pe 1,15 y su argumentación: *"Sed santos en toda vuestra vida, como es santo el que os ha llamado"*. Este camino requiere una constante atención y poner en práctica los grandes dones recibidos: salvación, paz, libertad... y todo lo que nosotros llamamos gracia.

La vocación, acto de amor divino dirigido al individuo y en una circunstancia particular, no se agota en modo alguno en sí misma, como si dejara al que es llamado a merced de sí mismo, en una dimensión de exterioridad. La exhortación de 2Pe 1,10: *"Esforzaos más y más por asegurar vuestra vocación y elección"*, no contradice la permanencia y la eficacia de la vocación por parte de Dios, sino que, aunque no la exprese, acaso la supone. *"El que os ha llamado es leal y cumplirá su palabra"* (1Ts 5,24); *"Los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables"* (Rom 11,29).

+ Algunas vocaciones particulares

En la Iglesia de Dios la vocación general a la santidad y a la gloria se expresa en concreto en la vida; y en la vida de la Iglesia los ministerios, los carismas y las operaciones, distribuidos cada uno a su modo, derivan igualmente de Dios.



Diversamente narrada, la vocación de los apóstoles converge en los puntos esenciales: Jesús pasa delante de alguien; encuentra, ve o fija la mirada en alguno; invita perentoriamente con un "Sígueme"; el llamado deja inmediatamente todo y sigue a Jesús. Dentro de la evidente variedad, no falta una notable uniformidad, aunque expresada con diversos acentos. Pero la iniciativa siempre es de Jesús al llamar.

Son llamados para una misión salvífica, como la del Maestro. No deja de sorprender la disponibilidad total e inmediata de los llamados a dejar todo lo que hasta entonces constituía sus hábitos, su ambiente, su vida, para seguir únicamente al Maestro y compartir su existencia.

Jn 6,68 nos da el motivo, obviamente teológico: *"Tú tienes palabras de vida eterna"*. Además, en tales vocaciones falta cualquier perspectiva de tipo humano, cualquier "garantía" del futuro que no sea la sola palabra del que llama; también en esto es fácil percibir una amplia resonancia del AT. Don gratuito por parte de Dios (y, respectivamente, de Cristo), a la vocación le corresponde por parte del hombre una aceptación de fe, una adhesión incondicional, por estar fundada en la sola certeza de Dios, en su fidelidad y bondad.

La vocación se irá enriqueciendo luego progresivamente en su realidad con pruebas y persecuciones, ya sea durante la vida del Maestro, ya después de su resurrección, como se lo había anunciado durante la vida terrena. Por tanto, una vocación que cambia totalmente la vida de los llamados, los pone en seguimiento-escuela-imitación de Jesús hasta la muerte ("Tome su cruz" y la resurrección, puesto que también la gloria y el reino están previstos pero sólo para después (Mt 19,28; Lc 22,30; Jn 13,36).

"Jesús subió a la montaña y llamó a los que quiso y vinieron donde él. Una vez reunidos, eligió de entre ellos a doce, para que lo acompañaran y para mandarlos a anunciar el mensaje. A estos les dio el nombre de apóstoles, y les dio autoridad para expulsar a los demonios" (Mc 3,13-15)

La elección y el llamado no se dirige a ciertas personas porque tengan obras buenas que merezcan esta consideración. El llamado es a ser discípulos misioneros, es decir a estar con él, aprender de él y a ser enviados para participar de su misma misión ("Como el Padre me ha enviado así los envío yo" (Jn 20,21)

La vocación de Pablo se merece ciertamente un consideración especial dentro de las vocaciones de los apóstoles. Son numerosísimos los pasajes que se podrían aducir; desde los lucanos de Hechos (cfr. cc. 9.22.26; 13,2ss 15,26; 16,9) a los autobiográficos en las mismas cartas paulinas (cfr. Gal 1,1.12-16; Flp 3,12; 1Tim 1,12-16). Por otra parte, toda su predicación está bajo el signo de aquel formidable acontecimiento que llamamos impropriamente "conversión", pero que en realidad fue una verdadera y auténtica vocación-misión, en particular del tipo que hemos llamado profético, que incluye a la vez referencias al pasado, visión y palabras de investidura, lo mismo que el fin de la misión con las previsiones anejas de tribulaciones y persecuciones que se han de afrontar.

También en María podemos y debemos hablar de vocación. Aunque falta el término específico de vocación, el contenido de su "anunciación" narrada por Lc 1,26-38 (cfr. Mt 1,18-25), leída desde nuestra óptica e iluminada por el resto del NT, manifiesta una vocación-misión específica y precisa. Ello es evidente por cada uno de sus elementos y por el orden de los mismos. María será la madre de Jesús mesías y salvador y madre de la Iglesia.

"Figura" ella misma de la Iglesia, se convierte incluso en "la llamada" por excelencia, en cuanto constituida "madre de los creyentes", "*dichosa por haber creído*" (Lc 1,45; 11,28; Jn 19,26). Pero no menos se deberá hablar de vocación a propósito de los diferentes carismas, de los que se habla expresamente en Rom 12,6s; 1Cor 12,7-11.28ss y Ef 4,7.1 lss. Ellos son un don de Dios (o de Cristo o del Espíritu) y constituyen al cristiano en un determinado servicio "*para la utilidad*

común" (1Cor 12,7), "*a fin de edificar el cuerpo de Cristo*" (Ef 4,12).

Todo ello vale también para los esposos cristianos, a cuyo amor se confía una misión específica de representación cristológica y eclesiológica (cfr. Ef 5,22-33).

Jesús respondió al llamado del Padre: "*Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo - pues de mí está escrito en el rollo del libro - a hacer, oh Dios, tu voluntad!*" (Hb 10,5-7)



¿A cuáles llamados de Dios he respondido en mi vida desde pequeño?

¿Cómo ha sido mi respuesta al llamado de Dios a consagrar mi vida aquí?

¿A qué me está llamando Dios en este momento de mi vida?

¿Qué me ha impedido responder antes?

¿Hoy cómo debería ser mi respuesta?